

Fuentes

APOTEGMAS DE LOS PADRES¹⁰⁹

Letra Iota

ABBA JUAN COLOBOS (o el enano)

1. Se refería de abba Juan Colobos que, habiéndose retirado junto a un anciano tebeo en Escete, permaneció en el desierto. Tomó su abba un leño seco, lo plantó y le dijo: “Échale diariamente una botella de agua, hasta que dé fruto”. El agua se encontraba a mucha distancia, de modo que debía ir por la tarde y regresar por la mañana. Después de tres años, revivió y dio fruto, y tomando el anciano el fruto, lo llevó a la iglesia y dijo a los hermanos: “Tomad, comed el fruto de la obediencia”.

2. Contaban de abba Juan Colobos que una vez dijo a su hermano mayor: “Quiero vivir sin preocupación alguna, como los ángeles que no tienen preocupación y no trabajan, sino que dan culto a Dios ininterrumpidamente”. Quitándose el manto, partió al desierto. Después de una semana regresó adonde estaba su hermano. Cuando llamó a la puerta, su hermano lo reconoció antes de abrirle, y le dijo: “¿Quién eres tú?”. Respondió: “Soy Juan, tu hermano”. Mas él dijo: “Juan se ha convertido en ángel, y no está ya entre los hombres”. “Más él rogaba, diciendo: “Soy yo”. Pero no le abrió, sino que lo dejó padeciendo hasta la mañana. Al fin le abrió y le dijo: “Eres hombre, y tienes necesidad de trabajar para alimentarte”. Hizo una *metanía*, diciendo: “Perdóname”.

3. Dijo abba Juan Colobos: “Si el emperador quisiera apoderarse de una ciudad enemiga, se apoderaría primeramente del agua y del alimento, y de este modo, los enemigos, pereciendo por el hambre, se someterían a él. Lo mismo ocurre con las pasiones de la carne: si el hombre vive en el ayuno y el hambre, se debilitarán los enemigos de su alma”.

4. Dijo también: “El que está saciado y habla con un niño, ya pecó con él en pensamiento”.

5. Dijo también: “Iba una vez por el camino de Escete trezando una cuerda, y encontré un camellero que hablaba y me movía a la ira; entonces, dejando mis utensilios, huí”.

6. “Otra vez, en el verano, oí que un hermano hablaba con ira a su hermano, diciendo: Así que también tú. Y, abandonando la cosecha, huí”.

7. Unos ancianos se recreaban en Escete, comiendo juntos, y se encontraba con ellos abba Juan. Se levantó un presbítero venerable para dar de beber, pero ninguno quiso recibirlo de él, más que Juan Colobos. Se asombraron y le dijeron: “¿Cómo tú, que eres el más pequeño de todos, aceptas ser servido por el presbítero?”. Y les respondió: “Cuando yo me levanto para servir la bebida me alegra que todos tomen, para poder recibir yo el premio. Por eso lo acepté, para que él reciba el premio, y no se entristezca porque nadie recibió de él”. Y se admiraron de lo que había dicho y sacaron provecho de su discreción.

8. Estaba un día sentado frente a la iglesia, y los hermanos lo rodeaban e interrogaban acerca de sus pensamientos. Lo vio un anciano, atacado por la envidia, y le dijo: “Tu jarro, Juan, está

¹⁰⁹ Traducción de Martín de Elizalde, osb.

lleno de veneno”. Respondió abba Juan: “Así es, abba, y esto dices mirando solamente el exterior. Si vieras lo que hay adentro, ¿qué dirías?”.

9. Decían los padres que estaban una vez los hermanos comiendo en un ágape, y rió uno de los hermanos que estaban en la mesa. Lo miró abba Juan y lloró, diciendo: “¿Qué lleva este hermano en el corazón para reír, si debería llorar más bien, porque come el ágape?”.

10. Vinieron una vez unos hermanos para tentarlo. El no dejaba vagar su pensamiento ni hablaba de cosa alguna de este mundo. Le dijeron: “Gracias a Dios que ha llovido mucho este año, y se regaron las palmeras y echan hojas, y los hermanos encuentran trabajo para sus manos”. Abba Juan les dijo: “Así es el Espíritu Santo: cuando descende en los corazones de los hombres, se renuevan éstos y echan brotes en el temor de Dios”.

11. Decían de él que tejió una cuerda para fabricar dos esteras, pero que la empleó toda en una sola y no se dio cuenta hasta que llegó a la pared. Estaba su pensamiento entregado a la contemplación.

12. Dijo abba Juan: “Soy como un hombre sentado bajo un gran árbol, y que ve venir contra él muchas rieras y serpientes, y como no les puede resistir, sube al árbol y se salva. Del mismo modo, sentado en mi celda, veo los fieros pensamientos que vienen contra mí, y que no he de poder con ellos; huyo por la oración adonde está Dios, y me libro del enemigo”.

13. Dijo abba Pastor acerca de abba Juan Colobos, que había clamado a Dios, y Dios retiró de él las pasiones y se volvió impasible. Fue entonces y dijo a un anciano: “Me veo tranquilo y sin lucha”. Le dijo el anciano: “Ve, y ruega a Dios que llegue a ti la lucha, y tengas el combate que tenías antes y también la humillación. Porque el alma aprovecha en los combates”. Rogó y vino la lucha, y no volvió a pedir que se la quitara, sino que decía: “Dame, Señor, paciencia en los combates”.

14. Dijo abba Juan: “Un anciano tuvo esta visión: Estaban tres monjes a orillas del mar, y una voz los llamó desde la otra orilla que decía: Tomad alas de fuego y venid a mí. Dos de ellos las tomaron y volaron hasta la otra orilla, pero el tercero se quedó, y lloraba mucho y se lamentaba. Al fin, también a él se le dieron alas, pero no eran de fuego, sino débiles e impotentes, de modo que, cayendo y emergiendo del agua, con gran trabajo y aflicción, llegó a la orilla. Así es la generación presente, que, si recibe alas, no son de fuego, sino que consigue apenas unas débiles e impotentes”.

15. Un hermano preguntó a abba Juan: “¿Cómo es que mi alma herida no se avergüenza de hablar contra el prójimo?”. Le dijo el anciano una parábola acerca de la maledicencia: “Había un hombre pobre que estaba casado, Vio otra mujer muy hermosa, y la tornó también a ella. Ambas estaban desnudas. Se celebraba en cierto lugar una fiesta y le pidieron: Llévanos contigo. Tomó a las dos y las puso en un tonel, subieron a una nave y llegaron hasta el lugar. Llegó la hora del calor y, mientras los hombres descansaban, una de las mujeres miró y, al no ver a nadie, fue adonde había un montón de basura, tomó unos trapos viejos y se hizo una falda, y de esta manera andaba confiada. La otra, que estaba sentada desnuda dentro (del tonel), dijo: Mira a esa prostituta, que no se avergüenza de caminar desnuda. Se afligió el marido y le dijo: ¡Es admirable! al menos ella cubrió sus partes deshonestas, pero tu estás enteramente desnuda. ¿No te avergüenzas de hablar así? Así es la detracción”.

16. El anciano dijo también al hermano, acerca del alma que quiere hacer penitencia: “Había en cierta ciudad una hermosa meretriz que tenía muchos amantes. Fue uno de los hombres principales y le dijo: Prométeme que vivirás castamente, y te tomaré por mujer. Ella se lo prometió. Él se casó con ella y la llevó a su casa. Sus amantes la buscaban, diciendo: Ese hombre principal la tomó en su casa. Si nosotros vamos a su casa y se llega a enterar, nos condenará. Pero vayamos cerca de su casa, y silbemos, y ella, al conocer el silbido, bajará

adonde estamos nosotros y seremos inocentes. Pero al oír el silbido, se tapó ella los oídos y fue a una habitación interior, y cerró las puertas”. Dijo el anciano que la meretriz es el alma, sus amantes son las pasiones y los hombres; el hombre principal es Cristo; la habitación interior es la morada eterna; los que silban son los malos demonios, pero el alma huye siempre adonde está el Señor.

17. Subía una vez abba Juan desde Escete con otros hermanos, y se perdió su guía. Dijeron los hermanos a abba Juan: “El hermano ha errado el camino, ¿qué haremos, abba, para no perdernos y morir?”. Dijo el anciano: “Si se lo decimos, se enristecerá y avergonzará. Haré como que estoy enfermo, y diré: No puedo marchar, me quedaré aquí hasta que amanezca”. Así lo hizo, y los demás dijeron: “Tampoco nosotros iremos, sino que nos quedaremos contigo”. Y permanecieron allí sentados hasta el alba y no escandalizaron al hermano.

18. Había un anciano en Escete, esforzado en los trabajos corporales, pero que no era discreto en las cosas del espíritu. Fue adonde estaba abba Juan, y le preguntó acerca del olvido. Después de oír su palabra, regresó a su celda, y olvidó lo que abba Juan le había dicho. Fue de nuevo a preguntárselo. Oyó de él una palabra semejante, Y se retiró. Mas cuando llegó a su celda, la había olvidado de nuevo, y de esta manera iba frecuentemente, pero cuando regresaba lo dominaba el olvido. Después de esto, encontró al anciano y le dijo: “Sabes, abba, he olvidado cuanto me dijiste, pero por no molestarte, no he ido más”. Le dijo abba Juan: “Ve, enciende una lámpara”. Cuando la hubo encendido le dijo: “Trae otras lámparas y enciéndelas con esta”. Hizo también esto. Y dijo abba Juan al anciano: “¿Acaso faltó algo a la lámpara porque de ella encendiste a las demás?”. Respondió: ‘No’. Dijo el anciano: “De la misma manera, tampoco Juan (disminuye). Aunque todo Escete viniera a mí, no me alejaría de la gracia de Cristo. Cuando quieras venir, ven y no caviles”. Por la paciencia de ambos quitó Dios el olvido del anciano. Esta era la obra de los escetiotas: dar coraje a los que eran atacados, y hacerse violencia para adquirir una buena ganancia los unos para los otros.

19. Un hermano interrogó a abba Juan, diciendo: “¿Qué haré? A menudo viene un hermano para llevarme a trabajar, pero yo soy enfermo y débil, y me fatigo con el esfuerzo. ¿Qué debo hacer con la orden?”. Le respondió el anciano: “Dijo Caleb a Josué, hijo de Nun: Tenía cuarenta años cuando Moisés, el servidor de Dios, me mandó desde el desierto a esta tierra contigo. Tengo ahora ochenta y cinco años; como entonces, puedo ahora entrar y salir en guerra. También tú, si puedes salir al combate y puedes entrar, ve, pero si no puedes obrar de esa manera, sentado en tu celda llora tus pecados, y cuando te encuentren llorando, no te obligarán a salir”.

20. Dijo abba Juan: “¿Quién vendió a José?”. Un hermano respondió: “Sus hermanos”. Díjole el anciano: “No, fue su humildad la que lo vendió. Podía haber dicho: Soy hermano de ellos, y contradecir. Pero calló, y por eso lo vendió la humildad. Fue la humildad también la que lo constituyó gobernador en Egipto”.

21. Dijo abba Juan: “Dejando el peso liviano, es decir, acusarnos a nosotros mismos, hemos tomado el pesado, que es justificarnos”.

22. Dijo el mismo: “La humildad y el temor de Dios están por encima de las demás virtudes”.

23. Estaba el mismo sentado una vez en la iglesia, y suspiró, sin saber que había alguien cerca suyo. Cuando lo advirtió, hizo una *metanía*, diciendo: “Perdóname, abba, no he recibido todavía la enseñanza”.

24. Dijo el mismo a su discípulo: “Si honramos a uno, todos nos honrarán, pero si despreciamos a uno, es decir a Dios, todos nos despreciarán, e iremos a la perdición”.

25. Decían acerca de abba Juan que fue una vez a la iglesia de Escete, y al oír las disputas de los hermanos volvió a su celda. Antes de entrar, la rodeó tres veces. Los hermanos que lo vieron, no

sabían por qué había hecho esto, y fueron a preguntárselo. El les dijo: “Mis oídos estaban llenos de la disputa. Hice esas vueltas para purificarlos, y de esta manera entrar en mi celda con tranquilidad de mi espíritu”.

26. Un hermano fue una vez a la celda de abba Juan. Era tarde y estaba apurado por retirarse. Hablaban sobre las virtudes, y amaneció sin que lo advirtieran. Salió para despedirlo, y permanecieron conversando hasta la hora sexta. Lo hizo entrar, y después de comer se fue.

27. Dijo abba Juan: “*Custodia* es sentarse en la celda y acordarse siempre de Dios. Esto es aquello: Estaba preso (bajo custodia) y vinisteis a mí”.

28. Dijo también: “¿Quién es tan fuerte como el león? Y sin embargo, a causa del vientre cae en la trampa y es humillada su fuerza”.

29. Decía también: “Los Padres de Escete comían pan y sal, diciendo: No nos imponamos comer pan y sal, y por eso eran fuertes para la obra de Dios”.

30. Vino un hermano para llevarse los canastos de abba Juan. Salió éste y le dijo: ¿Qué quieres, hermano?”. El respondió: “Los canastos, abba”. Entró para sacarlos, pero lo olvidó, y sentado, se puso a trenzar. Llamó de nuevo, y cuando salió, dijo: “Trae los canastos, abba”. Pero entró y se sentó nuevamente para trenzar. Llamó otra vez el hermano, y salió otra vez y le preguntó: “¿Qué quieres, hermano?”. El dijo: “Los canastos, abba”. Y tomándolo de la mano, lo introdujo, diciendo: “Si quieres los canastos tómalos y vete. Yo no tengo tiempo”.

31. Vino una vez un camellero, para cargar sus cosas y llevarlas a otro lugar. Entró (abba Juan) para buscar una estera, pero se olvidó, porque tenía el alma puesta en Dios. El camellero lo molestó de nuevo, llamando a la puerta, y otra vez, al volver a entrar, lo olvidó abba Juan. Llamó el camellero por tercera vez, y entró diciendo: “Estera, camello; estera, camello”. Decía esto para no olvidarlo.

32. Era el mismo de espíritu ferviente. Recibió una vez a uno que alabó su trabajo. Estaba trenzando una cuerda, y callaba. De nuevo aquél le habló, y permaneció en silencio. La tercera vez dijo al visitante: “Desde que has entrado aquí, has expulsado a Dios de mí”.

33. Vino un anciano a la celda de abba Juan, y lo encontró dormido. Un ángel estaba junto a él, y lo abanicaba. Al verlo, se retiró (el anciano). Cuando se despertó preguntó a su discípulo: “¿Vino alguien mientras yo dormía?”. Le respondió: “Sí, vino tal anciano”. Y supo abba Juan que ese anciano era semejante a él y que había visto al ángel.

34. Dijo abba Juan: “Yo quiero que el hombre tome un poco de cada virtud. Así cada día, al levantarte por la mañana, toma el principio de todas las virtudes y mandamientos de Dios, en la mayor paciencia, con temor y longanimidad, en el amor de Dios, con todo el celo del alma y el cuerpo, y con mucha humildad, soportando la aflicción del corazón y la vigilancia, en la oración respetuosa y abundante, con gemidos, en la pureza de la lengua y la vigilancia de los ojos. Deshonrado, y sin enojarte; pacífico, sin devolver el mal por el mal; sin mirar los pecados ajenos; sin compararte, poniéndote más bien por debajo de toda creatura; renunciando a la materia y a todo lo carnal, en la cruz, en el combate, en la pobreza de espíritu, en la voluntad y la ascesis espiritual, en el ayuno, en la penitencia y el llanto, en la lucha, en el discernimiento, en la pureza del alma; tomando lo que es bueno; practicando el trabajo manual en la *hesiquía*; en las vigilias nocturnas, en el hambre y la sed, en el frío y la desnudez, en los trabajos. Cierra tu sepulcro, como si estuvieses muerto, para considerar a toda hora que tu muerte está cerca”.

35. Decían de abba Juan, que cuando regresaba de la cosecha o de visitar ancianos, se dedicaba a la oración, a la meditación y a la salmodia, hasta que su espíritu volvía al orden que tenía al principio.

36. Dijo un Padre acerca de él: “¿Quién es Juan, que por su humildad tiene a todo Escete suspendido de su dedo pequeño?”.

37. Preguntó un Padre a abba Juan Colobos: “¿Qué es un monje?”. Respondió: “El esfuerzo. Porque el monje se esfuerza en todo trabajo. Esto es ser monje”.

38. Dijo abba Juan Colobos: “Un anciano espiritual se recluyó; era él muy estimado en la ciudad y lo alababan mucho. Le dijeron: Uno de los santos está muriendo, ve a saludarlo antes de que muera. Pensé en su interior: Si salgo de día acudirán los hombres y seré glorificado, y yo no tendré reposo con todo eso, Saldré tarde, en la oscuridad, y a escondidas de todos. Cuando salí de la celda, tarde ya, como quien desea ocultarse, dos ángeles, enviados por Dios, lo alumbraban con lámparas. Toda la ciudad acudió entonces para ver su gloria, y así fue que, cuando él pensaba huir de la estima, recibió la gloria. En esto se cumple lo que está escrito: Todo el que se humilla será exaltado”.

39. Dijo abba Juan Colobos: “No puede construirse una casa de arriba hacia abajo, sino desde los cimientos hasta la cumbre”. Le dijeron: “¿Qué quiere decir esta palabra?”. Les respondió: “El fundamento es el prójimo, al que debéis ganar, y por allí hay que comenzar. De ello penden todos los mandamientos de Cristo”.

40. Decían acerca de abba Juan: “Una joven perdió a sus padres y quedó huérfana; su nombre era Paesia. De su casa hizo un hospicio para recibir a los Padres de Escete. Perseveró de esta manera durante mucho tiempo, hospedando y atendiendo a los Padres. Después de un tiempo, cuando hubo gastado sus bienes, comenzó a pasar necesidad. La buscaron hombres perversos y la alejaron del buen propósito, y después comenzó a obrar mal, hasta prostituirse. Los padres lo oyeron y se entristecieron mucho, y acudieron a abba Juan Colobos, diciendo: Hemos oído acerca de aquella hermana, que vive mal, y mientras pudo ejercitó la caridad con nosotros. Mostrémosle ahora nosotros caridad a ella, ayudándola. Ve a verla, y dispón las cosas según la sabiduría que Dios te ha dado. Fue abba Juan adonde estaba ella y dijo a la vieja portera: Anúnciame a tu señora. Le respondió diciendo: Primero consumisteis lo que era suyo, ahora es pobre. Le dijo abba Juan: Dile que le traigo algo muy útil. Sus servidores le dijeron, burlándose: ¿Qué le darás, que quieres estar con ella? El les respondió, diciendo: ¿Cómo podéis saber lo que quiero darle? Subió la vieja y anunció su venida. Dijo la joven: Estos monjes van siempre hasta el Mar Rojo, y allí encuentran perlas. Adornándose, dijo: Tráelo. Mientras subía, se adelantó ella y se echó sobre la cama. Entró abba Juan y se sentó cerca suyo. Mirándola en el rostro le dijo: ¿Qué tienes que reprochar a Jesús para llegar a esto? Al oírlo, ella se conmovió, y abba Juan, con la cabeza inclinada, comenzó a llorar abundantemente. Ella dijo: Abba, ¿por qué lloras? Levantó él la cabeza, y la volvió a inclinar, llorando, y dijo: Veo a Satanás jugando en tu rostro, ¿no he de llorar? Al oírlo, dijo ella: ¿Hay penitencia, abba? Le respondió: Sí. Dijo ella: Llévame adonde quieras. El le dijo: Vamos. Ella, levantándose, lo siguió. Abba Juan vio que no dispuso ni ordenó nada acerca de su casa, y se admiró. Cuando estaban llegando al desierto atardecía. Hizo una pequeña almohada en la arena, y haciendo la señal de la cruz, le dijo: Duerme aquí. Hizo lo mismo para sí, a poca distancia, y cuando concluyó sus oraciones, se acostó. Hacia la medianoche despertó, y vio un camino luminoso que bajaba desde el cielo hasta donde estaba ella, y vio a los ángeles de Dios que llevaban su alma. Levantándose, fue y la tocó con el pie. Cuando advirtió que estaba muerta, echóse rostro en tierra rogando a Dios. Y oyó que una hora de su penitencia había valido más que la penitencia de muchos que habían pasado en ella largo tiempo, pero que no habían mostrado el ardor de la suya”.

41. Dijo también el anciano: “Tres filósofos eran amigos, y uno de ellos confió su hijo a otro de los tres. Llegado a la juventud, el muchacho se acercó a la mujer de su tutor, el cual, al saberlo, lo expulsó de su casa. Aunque estaba muy arrepentido el joven, no quiso el filósofo recibirlo nuevamente, y le dijo: Vete, y durante tres años trabaja como trasbordador en el río, y después te recibiré. Volvió pasados los tres años, pero el filósofo le dijo: Aún no has hecho penitencia.

Trabaja tres años más, repartiendo tu salario, y soporta las injurias. Así lo hizo. Después de esto le dijo: Ahora vete a Atenas para aprender la filosofía. Había un anciano junto a la puerta de los filósofos que insultaba a los que entraban. Al ser insultado, el joven rió. El anciano le dijo: ¿Cómo? ¿Yo te insulto y tú ríes? Le respondió: ¿Cómo no quieres que ría? Durante tres años entregué mi salario para ser injuriado, y hoy me insultan gratis. Por eso río”. Abba Juan dijo: “Esta es la puerta de Dios. Nuestros padres, a través de muchas injurias, entraron alegres en la ciudad de Dios”.

42. El mismo dijo a su hermano: “Aunque seamos cosa despreciable a los ojos de los hombres, alegrémonos, porque somos honrados ante Dios”.

43. Dijo abba Pastor que abba Juan había dicho que los santos se parecen a un bosque de árboles que dan diferentes frutos, pero son regados por la misma agua. En efecto, una es la práctica de este santo, otra la de aquél, pero uno solo es el Espíritu que obra en todos ellos.

44. Dijo el mismo: “Si el hombre tiene en su alma el instrumento de Dios, puede permanecer en la celda, aunque no tenga el instrumento de este mundo. Y también, si posee el hombre los instrumentos de este mundo y no tiene los instrumentos de Dios, puede permanecer en la celda a causa de los instrumentos del mundo. Pero el que no tiene los instrumentos de Dios ni los del mundo, no puede absolutamente estar en la celda”.

45. Dijo también el anciano: “Ves cómo el diablo dio a Job el primer golpe en sus posesiones, y vio que no se entristeció ni se apartó de Dios. El segundo golpe tocó su cuerpo, y tampoco pecó este valiente atleta con la palabra de su boca, pues tenía en su interior lo que pertenece a Dios y se alimentaba de ello”.

46. Estaba el mismo anciano sentado una vez en Escete, y los hermanos en torno suyo lo interrogaban sobre los pensamientos de ellos. Y uno de los ancianos le dijo: “Juan, eres como una ramera que busca tener más amantes”. Y abba Juan lo abrazó diciendo: “Dices la verdad, padre”. Después de esto, uno de sus discípulos le preguntó: “¿No estabas agitado interiormente, abba? Respondió: “No. Estaba por dentro igual que por fuera”.

47. Decíase de él que el precio del trabajo que hacía en la cosecha, lo tomaba y lo llevaba a Escete, diciendo: “Mis viudas y huérfanos están en Escete”.

ABBA JUAN EL CENOBITA

1. Un hermano vivía en el cenobio y era muy esforzado en la ascesis. Los hermanos de Escete, cuando oyeron de él, fueron a verlo. Y entraron en el lugar donde él estaba trabajando. Los saludó y comenzó a trabajar, y mientras tanto, conversaba. Los hermanos, al ver lo que hacía, le dijeron: “Juan, ¿quién te dio el hábito? ¿Quién te hizo monje, y no te enseñó a recibir la melota de los hermanos y a decirles ‘orad’ o ‘sentaos’?”. Les respondió: “Juan, el pecador, no puede ocuparse de eso”.

ABBA ISIDORO

1. Decían acerca de abba Isidoro, el presbítero de Escete, que si alguien tenía un hermano enfermo, negligente o colérico, y quería expulsarlo, le decía: “Tráemelo”, y lo tomaba consigo, y lo llevaba, por su paciencia, a la salvación.

2. Un hermano le preguntó, diciendo: “¿Por qué te tienen tanto miedo los demonios?”. Le respondió el anciano: “Desde que soy monje me esfuerzo para no dejar que la ira llegue a mi garganta”.

3. Decía también que desde hacía cuarenta años sentía la tentación de pecar con el pensamiento, pero que nunca había cedido a la concupiscencia o a la cólera.

4. Dijo también: “Cuando era joven, permanecía en mi celda y no tenía medida para la oración: la noche y el día eran, para mí, tiempo de oración”.

5. Dijo abba Pastor acerca de abba Isidoro: “Cada noche trenzaba un manojo de palmas, y los hermanos le rogaban, diciendo: Concédete un poco de descanso, que ya eres viejo. El les respondió: Aunque quemen a Isidoro, y dispersen al viento sus cenizas, no habrá gracia para mí, porque el Hijo de Dios ha venido aquí por nosotros”.

6. Decía el mismo acerca de abba Isidoro que los pensamientos le dijeron: “Eres un gran hombre”. El respondió: “¿Soy acaso como abba Antonio? ¡Ojalá fuese como abba Pambo o como los demás Padres que agradaron a Dios!”. Cuando decía esto quedaba en paz. Pero cuando un pensamiento adverso le sugería la pusilanimidad, como si después de todo esto hubiera de ir todavía al suplicio, respondía: “Aunque me manden al tormento, os encontraré abajo mío”.

7. Dijo abba Isidoro: “Fui una vez a la plaza a vender los recipientes, y al ver que se acercaba a mí la ira, dejando los objetos, huí”.

8. Fue una vez abba Isidoro a visitar a abba Teófilo, el arzobispo de Alejandría, y cuando estuvo de regreso en Escete le preguntaron los hermanos: “¿Cómo está la ciudad?”. Les respondió: “En verdad, hermanos, no he visto rostro de hombre alguno, más que el del arzobispo”. Al oírlo, se turbaron, y le dijeron: “¿Acaso ha sucedido una catástrofe, abba?”. Replicó él: “No, pero el pensamiento no me venció para que los mirase”. Los que oían, se admiraron, y fueron confirmados para custodiar sus ojos de toda vagancia.

9. Dijo el mismo abba Isidoro: “La prudencia de los santos es esta: conocer la voluntad de Dios. En la obediencia a la verdad supera el hombre a todo, pues es imagen y semejanza de Dios. De todos los pensamientos, el peor es seguir su propio corazón, es decir, su propio pensamiento en lugar de la ley de Dios, y por ello, se llega al dolor, porque no se conoció el misterio ni se encontró el camino de los santos, para esforzarse en él. Este es el tiempo de obrar para el Señor, porque la salvación está en el tiempo de la aflicción, como está escrito: En vuestra paciencia poseeréis vuestras almas”.

10. Contaba el mismo (abba Pastor) acerca de abba Isidoro que, cuando hablaba a los hermanos en la iglesia, decía solamente esta palabra: “Hermanos, escrito está: Perdona a tu prójimo, para recibir el perdón también tú”.

ABBA ISIDORO DE PELUSIO

1. Dijo abba Isidoro de Pelusio: “Vivir sin hablar es más útil que hablar sin vivir. El primero, aunque calle, trae provecho; el otro, hablando, turba. Pero si la palabra y la vida coinciden, entonces consuman el modelo de toda la filosofía”.

2. Dijo el mismo: “Honra las virtudes y no cultives las fortunas pasajeras. Pues aquellas son riquezas inmortales, pero éstas se extinguen rápidamente”.

3. Dijo también: “Muchos hombres aspiran a las virtudes, pero temen entrar por el camino que conduce hasta ellas, mientras que otros ni siquiera creen que existe la virtud. Es necesario persuadir a los primeros para que depongan su pereza, y a los segundos enseñarles que la virtud es verdaderamente virtud”.

4. Dijo también: “El vicio separa a los hombres de Dios y entre sí. Es necesario huir rápidamente de él y seguir la virtud, que lleva a Dios y une a los hombres entre sí. La definición de la virtud y de la filosofía es: la simplicidad con la prudencia”.

5. Dijo también: “Puesto que son grandes la altura de la humildad y el abismo de la arrogancia, os aconsejo que abracéis aquella y no caigáis en esta”.

6. Dijo también: “El amor apasionado de las riquezas es oneroso y lleno de audacia, no se sacia y lleva al alma que ha ocupado hasta el más extremo de los males. Expulsémoslo enérgicamente al principio, pues una vez que ha dominado es inexpugnable”.

ABBA ISAAC, PRESBITERO DE KELLIA

1. “Vinieron una vez para ordenar de presbítero a abba Isaac. Cuando lo supo, huyó a Egipto, y se retiró al campo, donde se escondió entre la hierba. Fueron los Padres en su seguimiento, y cuando llegaron al mismo campo, se quedaron allí para descansar. Era ya de noche, y soltaron al asno para que pastara. Fue el asno, y se detuvo junto al anciano. Al buscarlo por la mañana, encontraron a abba Isaac y se admiraron. Quisieron atarlo, pero no lo permitió él, diciendo: “Ya no huiré. Pues es voluntad de Dios, y dondequiera que huyese llegaría a lo mismo”.

2. Dijo abba Isaac: “Cuando era joven, vivía con abba Cronio, y nunca me ordenó que hiciese un trabajo, aunque era ya viejo y tembloroso, sino que se levantaba él mismo y daba de beber a mí y a los demás. También estuve con abba Teodoro de Fermo, y tampoco él me dijo que hiciese algo, sino que él mismo ponía la mesa y decía: Hermano, ven a comer si quieres. Yo le respondía: Abba, vine a ti para sacar provecho, ¿por qué no me mandas hacer algo? Pero el anciano callaba. Fui, y lo dije a los ancianos. Estos fueron adonde él estaba, y le dijeron: Abba, el hermano vino a tu santidad para sacar provecho, ¿por qué no le dices que haga algo? El anciano les respondió: No soy cenobiarca, ¿qué le puedo ordenar? Yo no le digo nada, pero si quiere, puede hacer lo que me vea hacer. Después de eso yo me adelantaba y hacía lo que estaba por hacer el anciano. Todo lo que éste hacía lo hacía en silencio, y así me enseñó a trabajar en silencio”.

3. Abba Isaac y abba Abraham vivían juntos. Al entrar abba Abraham encontró llorando a abba Isaac, y le dijo: “¿Por qué lloras?”. Respondió el anciano: “¿Por qué no *lloraremos*? ¿Adónde iremos? Nuestros padres han muerto. El trabajo manual no nos alcanza ya para pagar el precio del billete de la nave que tomábamos para visitar a los ancianos. Ahora somos huérfanos. Por esto lloro”.

4. Dijo abba Isaac: “Conocí un hermano que estaba cosechando en el campo, y quiso comer una espiga de trigo. Dijo al dueño del campo: ¿Permites que coma una espiga de trigo? Al oírlo, se admiró, y le dijo: El campo es tuyo, padre, ¿Y me pides permiso? Hasta ese punto era exacto el hermano”.

5. Dijo también a los hermanos: “No traigáis niños aquí. Pues las cuatro iglesias de Escete se volvieron desiertas a causa de los niños”.

6. Decían acerca de abba Isaac que comía con su pan la ceniza del turíbulo de la ofrenda.

7. Dijo abba Isaac a los hermanos: “Nuestros padres, y abba Pambo, usaban ropas viejas, hechas de palmas y remendadas, pero ahora lleváis vestidos preciosos. ¡Marchaos de aquí! ¡Abandonad este lugar!”. Cuando estaba por salir para la cosecha, les dijo: “No volveré a daros órdenes, porque no las observáis”.

8. Contaba uno de los padres que un hermano se presentó en la iglesia de Kellia, que estaba a cargo de abba Isaac, llevando una pequeña cogulla. El anciano lo expulsó, diciendo: “Este es un lugar para monjes; tú eres secular y no puedes permanecer aquí”.

9. Dijo abba Isaac: “Jamás he introducido en mi celda un pensamiento contra un hermano que me afligió. Y también me esforcé para que no estuviese el hermano en su propia celda con un pensamiento contra mí”.

10. Enfermó gravemente abba Isaac, y estuvo así durante largo tiempo. Un hermano le hizo un poco de cocido, y le puso también frutos de sebestén, pero el anciano no quiso probarlo. El hermano te rogaba, diciendo: “Toma un poco, abba, que estás enfermo”. El anciano le respondió: “Verdaderamente, hermano, quisiera pasar treinta años en esta enfermedad”.

11. Decían acerca de abba Isaac que, cuando estaba cercano a la muerte, se reunieron en torno suyo los ancianos, y le dijeron: “¿Qué haremos, abba, cuando te hayas marchado?”. El respondió: “Mirad cómo he obrado cuando estaba con vosotros; si vosotros también queréis seguirme y guardar los mandamientos de Dios, enviará El su gracia y conservará este lugar. Pero si no los guardáis, no permaneceréis en este lugar. Porque también nosotros, cuando estaban por morir nuestros Padres, nos encontrábamos tristes, pero observando los mandamientos: de Dios y las exhortaciones de ellos, permanecemos, como si hubieran estado con nosotros. Haced vosotros así, y seréis salvados”.

12. Dijo abba Isaac: “Dijo abba Pambo que la túnica del monje debe ser tal que, si permaneciere tirada fuera de la celda durante tres días, nadie la recoja”.

ABBA JOSÉ DE PANEFO

1. Fueron algunos Padres adonde estaba abba José de Panefo para interrogarlo acerca de la recepción de los hermanos que alojaban con ellos, si era necesario juntarse con ellos y hablarles con confianza. Antes de ser interrogado dijo el anciano a su discípulo: “Atiende a lo que haré hoy y sopórtalo”. Puso el anciano dos esteras, una a su derecha y otra a su izquierda, y dijo: “Sentaos”. Entró en su celda y se puso ropas de mendigo. Salió, pasó por en medio de ellos y volvió a entrar; se puso sus ropas, salió otra vez y se sentó con ellos. Estaban asombrados por lo que había hecho el anciano. El les dijo: “¿Observasteis lo que hice?”. Respondieron: “Sí”. “¿Acaso yo cambié a causa de la ropa más vil?”. Respondieron: “No”. El les dijo: “Si soy el mismo con ambas vestimentas, la primera no me cambió ni la segunda me perjudicó. De esta manera debemos conducirnos al recibir a los hermanos peregrinos, como dice el Evangelio: Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. Cuando lleguen los hermanos, recibámoslos con confianza. Es cuando estamos solos que necesitamos la compunción, para que permanezca con nosotros”. Los que lo oyeron quedaron admirados, porque les dijo lo que ellos tenían en sus corazones antes de interrogarlo. Y glorificaron a Dios.

2. Dijo abba Pastor a abba José: “¿Dime cómo me haré monje?”. Le respondió: “Si quieres encontrar el descanso ahora y después, en toda ocasión di: ¿Quién soy yo? Y no juzgues a nadie”.

3. Preguntó el mismo a abba José, diciendo: “¿Qué debo hacer cuando se acercan las pasiones? ¿Les resisto o las dejo entrar?”. Respondió el anciano: “Déjalas entrar, y pelea contra ellas”. Regresó a Escete y permanecía en su celda. Llegó a Escete un tebeo y dijo a los hermanos: “Pregunté a abba José: ¿Si se acercan las pasiones, debo resistir o permitirles entrar? Y me respondió: No dejes entrar a las pasiones, sino córtalas enseguida”. Oyó abba Pastor que abba José había hablado de esta manera al tebeo, y levantándose fue hasta donde él estaba, en Panefo, y le dijo: “Abba, yo te he confiado mis pensamientos, y has respondido diversamente al tebeo y a mí”. Le dijo el anciano: “¿No sabes que te amo?”. Y respondió: “Sí”. El anciano le dijo: “Si

entran las pasiones y luchas contra ellas, dando y recibiendo, te harán más probado. Yo te hablé como si hablase a mí mismo. Pero hay otros a los que no conviene se acerquen las pasiones, sino que es necesario que las alejen rápidamente”.

4. Preguntó un hermano a abba José, diciendo: “¿Qué debo hacer, pues no puedo soportar los males ni trabajar para hacer caridad?”. El anciano respondió: “Si no puedes hacer esto ni aquello, al menos guarda tu conciencia de todo mal para con tu prójimo, y serás salvado”.

5. Dijo un hermano: “Fui una vez hasta la Heraclea inferior, donde estaba abba José, que tenía en su monasterio una morera excelente. Por la mañana me dijo: Ve, come. Como era viernes, no fui, a causa del ayuno. Le rogué: Por Dios, explícame este pensamiento: tú me dices: Ve, come, mas yo no fui porque era ayuno; pero tu mandamiento me avergüenza, pensando: ¿Por qué razón el anciano me habló así? ¿Qué debía hacer, pues me ordenaste: come? Le dijo: Los Padres no dicen al principio a los hermanos lo recto, sino lo ambiguo. Si los ven hacer el mal, no les hablan ya de lo ambiguo, sino que les dicen la verdad, pues saben que serán obedientes en todo”.

6. Dijo abba José a abba Lot: “No se puede ser monje, si no se es como un fuego ardiente”.

7. Fue abba Lot a ver a abba José, y le dijo: “Abba, según mis fuerzas hago mi pequeño oficio, y mi pequeño ayuno, y la oración, y la meditación, y la *hesiquía*, y según mis fuerzas purifico mis pensamientos. ¿Qué más debo hacer?”. El anciano, levantándose, extendió las manos hacia el cielo, y sus dedos se pusieron como diez lámparas de fuego. Y le dijo: “Si quieres, hazte totalmente como el fuego”.

8. Un hermano habló así a abba José: “Deseo irme del cenobio para vivir solo”. El anciano le dijo: “Donde veas que tu alma está en calma y no sufre perjuicio, quédate”. El hermano le dijo: “Estoy en calma tanto en el cenobio como cuando estoy solo ¿qué me aconsejas?”. El anciano respondió: “Si estás en calma en el cenobio y también cuando estás solo, pon los dos pensamientos como en una balanza, y lo que veas que aprovecha más y adelanta a tu alma, hazlo”.

9. Fue un anciano adonde estaba uno de sus compañeros, para dirigirse juntos a visitar a abba José, y le dijo: “Manda a tu discípulo que ensille el asno”. Respondió: “Llámalo, para que haga lo que tú quieres”. Le preguntó: “¿Cómo se llama?”. Y respondió: “No sé”. Y le dijo: “¿Cuánto tiempo lleva contigo que no sabes todavía su nombre?”. Le respondió: “Dos años”. Le dijo entonces el anciano: “Si tú no conoces el nombre de tu discípulo después de dos años, ¿qué necesidad tengo yo de aprenderlo por un día?”.

10. Los hermanos se reunieron una vez con abba José, y mientras estaban sentados y lo interrogaban, él se alegraba. Y les dijo, lleno de consuelo: “Hoy soy rey, porque he reinado sobre las pasiones”.

11. Decían de abba José de Panefo, que cuando estaba a punto de morir, y se hallaban los ancianos sentados a su alrededor, miró hacia la puerta y vio al diablo sentado a la puerta. Y llamando a su discípulo le dijo: “Trae el bastón. ¿Acaso éste se cree que porque he envejecido, ya no tengo poder sobre él?”. Y apenas tomó el bastón, vieron los ancianos cómo salía el diablo por la puerta, como un perro, y desaparecía.

ABBA JACOBO

1. Dijo abba Jacobo: “Es cosa mayor ser huésped que recibir un huésped”

2. Dijo también: “El que es alabado, debe pensar en su pecado, y saber que no es digno de la alabanza”.

3. Dijo también: “Así como la lámpara ilumina un cuarto oscuro, del mismo modo el temor de Dios, cuando viene al corazón del hombre, lo ilumina y le enseña todas las virtudes y mandamientos de Dios”.

4. Dijo también: “No sólo hay necesidad de la palabra. Pues en esta época hay muchas palabras entre los hombres. Hay más bien necesidad de obras: esto es lo que se busca, no palabras, que no dan fruto”.

5. Dijo también que uno de los ancianos había dicho: “Cuando vivía en el desierto tenía como vecino a un niño que habitaba en la soledad. Visitándolo, lo vi orar y pedir a Dios que le concediera tener paz con las fieras. Después de la oración, se puso bajo una hiena que estaba cerca de allí, amamantando a sus pequeños, y comenzó a mamar con ellos”.

6. otra vez lo vi orar y pedir al Señor: “Dame la gracia de ser amigo del fuego”. E hizo una hoguera y dobló sus rodillas en medio de ella, orando al Señor”.

ABBA HIERAX

1. Un hermano rogó a abba Hierax, diciendo: “Dime una palabra, ¿qué he de hacer para salvarme?”. El anciano le respondió: “Permanece en tu celda. Si tienes hambre, come; si tienes sed, bebe; no hables mal de nadie, y serás salvo”.

2. Dijo también: “Nunca he dicho ni he querido escuchar una sola palabra mundana”.

3. Interrogó un hermano a abba Hierax: “Dime lo que tengo que hacer para salvarme”. Le respondió el anciano: “Permanece en tu celda y no hables mal de nadie, y serás salvo”.

ABBA JUAN EL EUNUCO

1. Abba Juan el eunuco, cuando era joven todavía, interrogó a un anciano: “¿Cómo pudisteis vosotros hacer la obra de Dios en el reposo, y nosotros no podemos ni siquiera con esfuerzo?”. Respondió el anciano: “Nosotros pudimos hacerlo porque le dimos el lugar principal al trabajo de Dios, y el menor a la necesidad del cuerpo. Mas vosotros tenéis como principal la necesidad del cuerpo, y consideráis la obra de Dios como menos necesaria. Es por eso que sufrís. Por lo mismo dijo el Salvador a los discípulos: Hombres de poca fe, buscad primero el reino de Dios, y todo esto se os agregará”.

2. Abba Juan dijo: “Nuestro padre abba Antonio dijo: Nunca antepuse mi comodidad a la utilidad de mi hermano”.

ABBA JUAN DE RAITHU

1. Abba Juan, el de Kilix, que era *hegúmeno* en Raithu, decía a los hermanos: “Hijos, así como huimos del mundo, huíamos también de los deseos de la carne”.

2. Dijo también: “Imitemos a nuestros Padres: ¡con cuánta austeridad y cuánto, reposo vivieron en este lugar!”.

3. Dijo también: “Hijos, no manchemos este lugar, que nuestros Padres limpiaron de demonios”.

4. Dijo también: “Este lugar es de ascetas, no de negociantes”.

ABBA JUAN DE KELLIA

1. Relató abba Juan de Kellia: “Había una ramera en Egipto, que era hermosísima y muy rica, y acudían a ella hombres principales. Se encontraba un día cerca de la iglesia y quiso entrar. Mas el subdiácono, que estaba en la puerta, no se lo permitió, diciendo: “No eres digna de entrar en la casa de Dios, pues eres impura”. Mientras discutían, oyó el obispo el ruido, y salió. La meretriz le dijo: Este no me permite entrar en la iglesia. El obispo le dijo: No puedes entrar, porque eres impura. Ella, tocada de compunción, dijo: No volveré a fornicar. Le replicó el obispo: Si traes aquí tus riquezas sabré que no fornicarás más. Las trajo, y el obispo las quemó en el fuego. Y ella entró en la iglesia, llorando y diciendo: Si esto me ha sucedido aquí, ¿qué habré de padecer allá? E hizo penitencia y se convirtió en un vaso de elección”.

ABBA JUAN DE TEBAIDA

1. Dijo abba Juan de Tebaida: “El monje tiene que adquirir la humildad. Este es el primer mandamiento del Salvador, que dijo: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos”.

ABBA ISIDORO EL PRESBITERO

1. Decían de abba Isidoro el presbítero, que fue a verlo cierto hermano para invitarlo a comer, mas el anciano no quiso ir, diciendo: “Adán, engañado por el alimento, tuvo que vivir fuera del paraíso”. El hermano le preguntó: “¿Tanto temes salir de tu celda?”. Le respondió: “Hijo, temo porque el diablo como león rugiente busca a quien devorar”. Muchas veces habló de esta manera, diciendo: “Si uno se entrega a la bebida, no podrá librarse del ataque de los pensamientos. Pues Lot, obligado por sus hijas, se emborrachó de vino, y por la ebriedad, el diablo lo condujo fácilmente a una fornicación ilícita”.

2. Dijo abba Isidoro: “Si deseas el reino de los cielos, desprecia las riquezas y responde a los favores divinos”.

3. Dijo también: “No es posible vivir según Dios, si amas los placeres y el dinero “.

4. “Dijo también: “Si os esforzáis regularmente en el ayuno, no os ensoberbecáis, es preferible comer carne a gloriaros en esto. Conviene más al hombre comer carne, que ensoberbecerse y gloriarse”.

5. Dijo también: “Es necesario que los discípulos amen a sus maestros como a padres, y los teman como a jefes, y no pierdan el temor a causa del amor, ni obscurezcan el amor a causa del temor”.

6. Dijo también: “Si deseas la salvación, haz todo lo que te conduce a ella”.

7. Decían acerca de abba Isidoro que cuando un hermano iba a verlo, huía al interior de la celda. Los hermanos le dijeron: “Abba ¿qué haces?”. Y respondió: “Las fieras que huyen a sus guaridas se salvan”. Esto lo decía para utilidad de los hermanos.

ABBA JUAN EL PERSA

1. Vino una vez un niño para ser curado del demonio. Vinieron también hermanos de un cenobio de Egipto. Salió el anciano y vio que un hermano estaba pecando con el niño, mas no lo acusó, diciendo: “Si Dios que los formó, los ha visto y no los abrasa, ¿quién soy yo para acusarlos a ellos?”.

2. Uno de los Padres dijo de abba Juan el persa que, por la abundancia de su amor, había llegado a una profunda inocencia. Vivía en Arabia de Egipto. Un a vez pidió en préstamo a un hermano una moneda de oro, y compró lino para trabajar. Vino un hermano a rogarle, diciendo: “Dame, abba, un poco de lino para hacerme un levitón”. Y se lo dio con alegría. Vino también otro a rogarle: “Dame un poco de lino, para tejer una tela para mí”. Dióle también a éste. Y a los demás que le pedían, les daba simplemente y con alegría. Al fin, vino el dueño de la moneda para buscarla. El anciano le dijo: “Salgo y te la traigo”. Mas no teniendo cómo devolverla, se levantó y fue adonde estaba abba Jacobo, el de la diaconía, a rogarle que le diese una moneda, para devolvérsela al hermano. En el camino encontró por tierra una moneda, mas no la tocó. Después de hacer oración, volvió a su celda. Vino otra vez el hermano por la moneda, y el anciano le dijo: “Me estoy preocupando”. Salió nuevamente, encontró la moneda por tierra, donde la había visto antes, y haciendo nuevamente oración, volvió a su celda. Vino otra vez a importunarlo el hermano. El anciano le dijo: “Esta vez la traeré ciertamente”. Se levantó y fue a aquel lugar, y encontró la moneda. Hizo oración, la tornó, y fue donde abba Jacobo y le dijo: Abba, al venir para aquí encontré esta moneda en el camino. Haz la caridad de anunciarlo en la región por si alguien la hubiese perdido, y si aparece el dueño, entrégasela”. El anciano fue y lo anunció durante tres días, y no se halló que alguien hubiese perdido la moneda. El anciano dijo a abba Jacobo: “Si nadie la ha perdido, dásela al hermano tal, pues se la debo. La encontré cuando venía a pedirte me la dieras por caridad para saldar la deuda”. Se admiró el anciano de que, estando endeudado Y habiendo encontrado la moneda, no la tomara y pagara con ella. También cm admirable en él, que si iba alguien a pedirle una cosa prestada, no se la entregaba, sino que decía al hermano: “Ve, toma lo que necesitas”. Cuando se lo devolvían, decía: “Ponlo otra vez en su lugar”. Y si no devolvían lo que se habían llevado, no decía nada.

3. Decían acerca de abba Juan el persa que a unos malhechores que llegaron a su celda, trajo un lavabo y quiso lavarles los pies, mas ellos, avergonzados, comenzaron a pedir perdón.

4. Dijo uno a abba Juan el persa: “Hemos soportado tan gran trabajo por el Reino de los cielos ¿lo recibiremos en herencia?”. Y respondió el anciano: “Creo que recibiré en herencia la Jerusalén de arriba, que está escrita en los cielos. Es fiel el que lo ha prometido. ¿por qué habría de desconfiar? He sido hospitalario como Abraham, manso como Moisés, santo como Aarón, paciente como Job, humilde como David, solitario como Juan, lleno de compunción como Jeremías, maestro como Pablo, fiel como Pedro, sabio como Salomón. Como el ladrón, tengo confianza que, así como su innata bondad nos otorgó todo esto, también nos concederá el Reino”.

ABBA JUAN EL TEBEO

1. Decían acerca del joven Juan el tebeo, discípulo de abba Amoés, que pasó doce años sirviendo al anciano, que estaba enfermo. Permanecía sentado sobre la estera con él. El anciano no lo tomaba en cuenta, y aunque trabajaba mucho por él, nunca le dijo: “Sé salvo”. Llegado el momento de la muerte, mientras le rodeaban los ancianos, tomó la mano (del discípulo) y le dijo: “Sé salvo, sé salvo, sé salvo”. Y lo confió a los ancianos, diciendo: “Este es un ángel, no un hombre”.

ABBA JUAN, DISCIPULO DE ABBA PABLO

1. Decían de abba Juan, el discípulo de abba Pablo, que era de gran obediencia. Vivían entre sepulcros, y allí habitaba también una hiena. El anciano vio que había estiércol en el lugar, y mandó a Juan que fuera a buscarlo y lo trajese. Le dijo él: “¿Qué he de hacer, abba, con la hiena?”. Bromeando, le respondió el anciano: “Si se te aparece, ácala y tráela para aquí”. El hermano fue por la tarde hasta el lugar, y de repente se apareció la hiena, frente a él. Entonces, según la palabra del anciano, se lanzó sobre ella para dominarla, mas la hiena huyó. Salió en su persecución, diciendo: “Mi abba me dijo que te atara”. Y la agarró y la ató. El anciano estaba inquieto, y se sentó a esperarlo. Volvió (el discípulo) con la hiena atada, y el anciano se asombró al verlo. Pero, queriendo humillarlo, lo golpeó diciendo: “Necio, me has traído un perro estúpido”. Y el anciano la desató enseguida y la dejó partir.

ABBA ISAAC EL TEBEO

1. Fue una vez abba Isaac el tebeo a un cenobio. Vio a un hermano que estaba pecando, y lo condenó. Cuando regresaba al desierto vio un ángel del Señor, de pie frente a la puerta de su celda, diciendo: “No te permito entrar”. El le rogaba: “¿De qué se trata?”. Respondiendo, le dijo el ángel: “Dios me envió, diciéndome: Dile, ¿dónde debo mandar al hermano pecador que condenaste?”. Arrepentido, dijo: “He pecado, perdóname”. Le respondió el ángel: “Levántate, Dios te perdona. Pero, en adelante, cuídate de juzgar a nadie antes de que sea juzgado por Dios”.

2. Se contaba que abba Apolo tenía un discípulo, llamado Isaac, educado perfectamente en toda obra buena y que había recibido el don del recogimiento en la santa oblación. Cuando iba a la iglesia, no permitía que se le acercara nadie. Su palabra era: “Toda cosa buena a su tiempo, pues hay un tiempo para cada cosa”. Cuando concluía la *sinaxis* huía como del fuego, para dirigirse a su celda. Daban a veces a los hermanos, después de la *sinaxis*, unos panecillos con un vaso de vino, mas él no lo tomaba; no porque rechazase la bendición (*eulogia*) de los hermanos, sino para conservar la quietud de la *sinaxis*. Cayó una vez enfermo. Lo oyeron los hermanos y fueron a visitarlo. Cuando los hermanos estuvieron sentados, le preguntaron: “Abba Isaac, ¿por qué huyes de los hermanos después de la *sinaxis*?”. Les respondió: “No huyo de los hermanos, sino de las malas artes del demonio. Si uno tiene una lámpara encendida y se demora al aire libre, el viento la apaga. Así también nosotros: cuando hemos sido iluminados por la sagrada oblación, si nos demoramos fuera de la celda, se oscurece el espíritu”. Esta fue la manera de vivir (*politeía*) del santo abba Isaac.

ABBA JOSÉ EL TEBEO

1. Y dijo abba José el tebeo: “Hay tres obras que son valiosas en presencia del Señor: que cuando el hombre está enfermo y es probado, lo reciba con acción de gracias; la segunda es si hace todas sus obras puras en presencia de Dios, y nada tiene de humano; la tercera es si vive en la sujeción al padre espiritual y renuncia a todas sus voluntades. Tendrá este hombre una corona excelente. Mas yo, por mi parte, he elegido la debilidad”.

ABBA HILARIÓN

1. Abba Hilarión fue desde Palestina hasta la montaña donde vivía abba Antonio. Y abba Antonio le dijo: “Bienvenido, lucero del alba”. Abba Hilarión le contestó: “La paz sea contigo, columna de luz que iluminas a toda la tierra”.

ABBA ISQUIRION

1. Los Santos Padres profetizaron acerca de la última generación. Decían: “¿Qué hemos hecho nosotros?”. Y uno de ellos, el gran Isquirión, respondió: “Nosotros hicimos los mandatos de Dios”. Le preguntaron: “¿Qué harán los que vendrán después de nosotros?”. Y dijo: “Llegarán a hacer la mitad de nuestro trabajo”. Preguntaron nuevamente: “¿Y qué será de los que vengan después de ellos?”. Les respondió: “Esas generaciones no harán ningún esfuerzo, y se alzarán en ellos la tentación, y los justos que se encuentren en ese tiempo serán hallados más grandes que nosotros y nuestros Padres”.

Letra Kappa

ABBA CASIANO

1. Contaba abba Casiano: “Llegamos, yo y el santo Germán, a Egipto, donde estaba un anciano. Cuando nos hubo recibido para hospedarnos, le preguntamos: ¿Por qué, cuando recibís a los hermanos extranjeros, no guardáis nuestro modo de ayunar, el que nos fue transmitido en Palestina? Y respondió diciendo: El ayuno está siempre conmigo, mas a vosotros no puedo reteneros para siempre conmigo. El ayuno es útil y necesario, mas depende de nuestra voluntad, pero el cumplimiento de la caridad es impuesto por la ley de Dios. Al recibir en vosotros a Cristo, debo servirlos con toda diligencia. Cuando os haya despedido, podré recuperar la medida del ayuno. Los amigos del esposo no pueden ayunar mientras el esposo está con ellos, mas cuando les sea quitado el esposo, entonces ayunarán libremente” (cf. Casiano: *Inst.* 5, 24).

2. Dijo el mismo: “Había un anciano al que servía una virgen consagrada. Los hombres decían: No son puros. El anciano lo oyó. Y estando ya cercano a la muerte, dijo a los Padres: Cuando muera, plantad mi bastón sobre la sepultura, y si germina y da fruto, sabed que soy puro con ella, pero si no germina, sabed que he caído con ella. Y plantaron el bastón, y al tercer día germinó y dio fruto. Todos, entonces, glorificaron a Dios”.

3. Dijo también: “Fuimos a ver a otro anciano, que nos dio de comer. Estábamos satisfechos, pero nos exhortaba a comer más. Al decirle que ya no podíamos respondió: Esta es la decimosexta vez que preparo la mesa para hermanos que llegan, e invitándolos, he comido con ellos; y todavía tengo hambre. Tú, en cambio, comiendo una sola vez, te has llenado de modo que ya no puedes comer más”. (Casiano: *Inst.* 5, 25).

4. Contaba también el mismo: “Fue abba Juan, hegúmeno de un gran cenobio, a visitar a abba Paisio, que había vivido durante cuarenta años en extrema soledad, y como le tenía mucho afecto, y por ello confianza, le preguntó: ¿Qué has hecho, viviendo apartado durante todo este tiempo en que no fuiste molestado fácilmente por nadie? Le respondió: Desde que vivo solo nunca el sol me ha visto comiendo. Le dijo abba Juan: Ni a mí (me ha visto) airado” (Casiano: *Inst.* 5, 27).

5. Al mismo abba Juan, que estaba próximo a su fin, y se iba a Dios diligente y alegremente, rodearon los hermanos, rogándole que les dijese una palabra breve y saludable, a modo de legado, para poder llegar a la perfección en Cristo. Y él, gimiendo, les dijo: “Nunca he hecho mi voluntad propia, ni he enseñado nada que yo no hubiese hecho primero” (Casiano: *Inst.* 5, 28).

6. Narró también acerca de otro anciano, el cual vivía en el desierto, y había rogado a Dios que le diese la gracia de no dormirse nunca en una conversación espiritual; pero si alguien pronunciaba palabras de crítica u ociosas, inmediatamente se dormía, de manera que sus oídos no recibían este veneno (Casiano: *Inst.* 5, 29). Decía el mismo que el diablo es diligente cuando se trata de palabras ociosas, y enemigo de toda enseñanza espiritual, usando para ello de este ejemplo: “Hablando a algunos hermanos sobre un punto útil, cayeron ellos en un sueño tan profundo que no podían mover los párpados. Queriendo mostrarles la acción del demonio,

introduje una historia frívola, y se despertaron de inmediato, con alegría. Gimiendo, les dije: Cuando hablábamos de cosas celestiales, los ojos de todos vosotros estaban oprimidos por el sueño; apenas dije una palabra vana, os despertasteis todos, con diligencia. Por eso, hermanos, os exhorto: reconoced la acción del demonio maligno, y mirad sobre vosotros mismos, guardándoos del sueño cuando hacéis o escucháis algo espiritual” (Casiano: *Inst.* 5, 31).

7. Dijo también que cierto senador, que había renunciado al mundo y repartido sus bienes a los pobres, retuvo algunos para su uso, no queriendo asumir la humildad que viene de la renuncia perfecta ni la sumisión sincera a la disciplina cenobítica. A él dijo San Basilio esta palabra: “Perdiste al senador y no te hiciste monje” (Casiano: *Inst.* 7, 19).

8. Dijo también: “Había un monje que vivía en una cueva del desierto. Sus allegados según la carne le dijeron: Tu padre está gravemente enfermo y puede morir, ven para recibir la herencia. Y él les respondió: Yo he muerto al mundo antes que él; no puede un muerto heredar a los vivientes”.

ABBA CRONIOS

1. Un hermano dijo a abba Cronios: “Dime una palabra”. Le respondió: “Cuando Eliseo fue hacia la sunamita y la encontró, ella no tenía relación con nadie. Concibió y dio a luz por la venida de Eliseo”. El hermano le preguntó: “¿Qué quiere decir esto?”. Le dijo el anciano: “Si el alma vela y se cuida de la distracción, y abandona sus voluntades, llega hasta ella el Espíritu de Dios, y puede engendrar, mas si no lo hace, es estéril”.

2. Interrogó un hermano a abba Cronios: “¿Qué hacer con el olvido que se apodera de mi mente, y no me permite sentir hasta que me conduce al pecado?”. El anciano le respondió: “Los extranjeros se apoderaron del arca por la maldad de los hijos de Israel, y la llevaron hasta ponerla en la casa de Dagón, su dios, y éste cayó sobre su rostro”. El hermano preguntó: “¿Qué significa esto?”. El anciano le dijo: “Cuando empiezan cautivando la mente del hombre por sus propios impulsos, de tal modo lo arrebatan, que lo llevan hasta una pasión invisible. Si el alma, en ese lugar, se convierte y busca a Dios, recordando el juicio eterno, cesa inmediatamente la pasión y desaparece. Pues está escrito: Si te conviertes gimiendo, entonces serás salvado, y sabrás donde te encuentras”.

3. Preguntó un hermano a abba Cronios: “¿De qué modo llega el hombre a la humildad?”. Respondió el anciano: “Por el temor de Dios”. El hermano le dijo: “¿Por medio de qué obra llega al temor de Dios?”. El anciano dijo: “Para mí, cuando se contiene en todo, y se entrega al esfuerzo corporal, y en cuanto puede recuerda la salida del cuerpo y el juicio de Dios”.

4. Dijo abba Cronios: “Si Moisés no hubiera llevado las ovejas en el Sinaí, no hubiera visto el fuego en la zarza”. Un hermano interrogó al anciano: “¿Qué significa la zarza?”. Le respondió: “La zarza representa el esfuerzo corporal. Está escrito: Se parece el reino de los cielos a un tesoro escondido en el campo”. Preguntó el hermano al anciano: “¿Sin esfuerzo corporal no llega el hombre a premio alguno?”. Respondió el anciano: “Está escrito: Mirando al principio y consumidor de la fe, Jesús, que, en vez de la alegría propuesta, sufrió la cruz. Y también dice David: Si diese sueño a mis ojos y descanso a mis párpados, etc.”.

5. Dijo abba Cronios: “Nos contó abba José de Pelusio: Cuando vivía en el Sinaí había allí un hermano bueno y asceta, y además de aspecto agradable. Cuando venía a la iglesia para la sinaxis, llevaba un pequeño maforio, viejo y remendado. Viéndolo venir una vez a la sinaxis de esta manera, le digo: Hermano, ¿no ves a los hermanos, que están como ángeles en la sinaxis en la iglesia? ¿Por qué vienes tú de este modo? Él dijo: Perdóname, abba, pero no tengo otra cosa. De mi celda tomé un levitonario, con lo demás que precisaba. Y estaba desde entonces como los demás hermanos, y su aspecto era el de un ángel. Sucedió entonces que se hizo necesario que

los Padres enviaran dos hermanos al emperador por cierto asunto, y decidieron que fuera él también. Al oírlo, se postró delante de los Padres, diciendo: Perdonadme, por el Señor, pues soy servidor de un grande de allí, y si me conoce me quitará el hábito y me llevará para que lo sirva. Los Padres se convencieron y lo dejaron libre, pero después supieron por uno que lo conocía bien que, cuando estaba en el mundo, era prefecto del pretorio, y que había dicho aquello para no ser conocido por los hombres y sufrir por ello. Tal era la solicitud de los Padres para huir de la gloria y el descanso de este mundo”.

ABBA CARIÓN

1. Dijo abba Carión: “Más esfuerzos he realizado que mi hijo Zacarías, y no he llegado a su medida, por su humildad y su silencio”

2. Había en Escete un monje llamado Carión. Tuvo dos hijos, y los dejó a su mujer cuando se apartó (para hacerse monje). Con el tiempo, hubo hambre en Egipto, y su mujer, que carecía de todo, vino a Escete llevando consigo a los dos niños: uno era varón y se llamaba Zacarías, la otra era mujer. Permaneció lejos del anciano, en el pantano. Hay en efecto un pantano junto a Escete, donde se encuentran edificadas las iglesias y están las fuentes de agua. Existía en Escete la costumbre que si venía una mujer para hablar con su hermano o para conversar con otro, hablaban sentados el uno lejos de la otra. La mujer dijo a abba Carión: “Te hiciste monje y ahora hay hambre. ¿Quién alimentará a tus hijos?”. Le respondió abba Carión: “Mándalos aquí” Dijo la mujer a los hijos: “Id con vuestro padre”. Se dirigieron hacia donde él estaba; la niña se volvió con su madre, pero el varón llegó hasta su padre. Él dijo: “Así está bien: toma tú la niña, y vete; yo me encargo del niño”. Lo alimentaba en Escete, y sabían todos que era su hijo. Cuando creció, hubo en la fraternidad murmuraciones acerca de él. Lo supo abba Carión y dijo a su hijo: “Zacarías, levántate y vámonos de aquí, porque los Padres están murmurando”. El pequeño le dijo: “Abba, aquí todos saben que soy tu hijo, pero si vamos a otra parte no tendrás que decir que soy tu hijo”. El anciano le dijo: “Levántate, vámonos de aquí”. Y fueron a la Tebaida. Tomaron allí una celda y permanecieron pocos días, y se hizo idéntica murmuración acerca del niño. Díjole entonces su padre: “Zacarías, levántate vamos a Escete”. Y vinieron a Escete, y pasados pocos días, hubo nuevamente murmuración sobre él. Entonces, el niño Zacarías fue al estanque de nitrio, se desvistió y entró en él hasta la nariz. Permaneció las horas que pudo, y su cuerpo se transformó y quedó como el de un leproso. Volvió, se puso sus vestidos, y vino adonde estaba su padre, quien apenas le conoció. Cuando fue, según la costumbre, a recibir la santa comunión, le fue revelado al bienaventurado Isidoro, el presbítero de Escete, lo que había hecho, y lo vio y se admiró, y dijo: “El niño Zacarías vino el domingo pasado, y comulgó como hombre; mas ahora lo ha hecho como ángel”.

3. Dijo abba Carión: “El hombre que vive con un niño, si no es firme, cae; pero si es firme y no cae, tampoco progresa”.

ABBA COPRES

1. Dijo abba Pastor acerca de abba Copres que había llegado a tal medida que, cuando estaba enfermo, acostado, daba gracias y reprimía su voluntad propia.

2. Dijo abba Copres: “Bienaventurado el que soporta el trabajo con acción de gracias”.

3. Se congregaron en cierta ocasión los que vivían en Escete, para discutir acerca de Melquisedec, y olvidaron llamar a abba Copres. Después lo llamaron, y lo interrogaron sobre ese punto. Mas él, golpeándose la boca tres veces, dijo: “ ¡Pobre de ti, Copres! Porque has abandonado lo que Dios te mandó que hicieras, e indagas lo que no te ha pedido”. Al oír esto, los hermanos huyeron a sus celdas.

ABBA CIRO

1. Interrogado abba Ciro el alejandrino acerca del pensamiento de impureza respondió de esta manera: “Si no tienes el pensamiento, no tienes esperanza; si no tienes pensamientos, tienes actos. Esto es: el que no lucha en su espíritu contra el pecado ni le resiste, lo comete corporalmente; pues quien hace las obras no es molestado por los pensamientos”. Interrogó el anciano al hermano, diciendo: “¿Acostumbras conversar con mujeres?”. Respondió el hermano: “No. Mis pensamientos son imágenes nuevas y antiguas; son los recuerdos los que me molestan, y las figuras de mujeres”. El anciano le dijo: “No temas a los muertos; huye más bien de los vivos, y dedícate a la oración”.

Letra Lambda

ABBA LUCIO

1. Unos monjes, de los llamados euquitas, fueron una vez donde abba Lucio, en el Enatón, y el anciano les preguntó: “¿Qué trabajo manual hacéis?”. Ellos respondieron: “Nosotros no hacemos trabajo manual, sino que, como dice el Apóstol, oramos incesantemente”. El anciano les dijo: “¿Acaso no coméis?”. Y respondieron: “Sí”. Les preguntó: “Cuando coméis, ¿quien ora por vosotros?”. Y después les dijo: “¿Acaso no dormís?”. Y respondieron: “Sí”. Y les dijo el anciano: “y mientras dormís, ¿quién ora por vosotros?”. Y no encontraban qué responder a lo que les decía. El les dijo: “Perdonadme, pero vosotros no hacéis lo que decís. Yo os enseñaré cómo oro, mientras trabajo incesantemente con las manos. Estoy sentado con Dios, tejiendo mis pequeños ramos y haciendo esteras con ellos, y mientras tanto digo: Perdóname, oh Dios, por tu gran misericordia, y por tu gran piedad borra mi pecado”. Les dijo: “¿No es oración esto?”. Le respondieron: “Sí”. Él les dijo: “Cuando he pasado todo el día trabajando manualmente y orando, reúno más o menos dieciséis monedas. Doy dos de ellas en la portería, y con las restantes, como; y el que toma las dos monedas, ora por mí mientras yo como o duermo. De este modo, por la gracia de Dios, se realiza en mí aquello de orar incesantemente”.

ABBA LOT

1. Un anciano vino adonde estaba abba Lot, cerca del pequeño pantano de Arsinoe, y le rogó que le diese una celda. El se la dio. El anciano estaba enfermo, y abba Lot lo atendió, y sí llegaban otros para visitar a abba Lot, hacía que visitaran también al anciano enfermo. Mas éste comenzó a proferir palabras de Orígenes. Abba Lot se afligía, diciendo: “No vayan a creer los Padres que nosotros somos así”. Mas temía expulsarlo del lugar, a causa del mandamiento. Se levantó abba Lot y fue a ver a abba Arsenio, y le contó lo del anciano. Abba Arsenio dijo: “No lo expulses, sino dile: Come y bebe cuanto quieras de los bienes de Dios, pero no digas esas cosas. Si quiere, se corregirá, mas si no quiere enmendarse, debes rogarle que se aleje espontáneamente del lugar. De este modo no serás tú la causa de su partida”. Regresó abba Lot e hizo como le dijera. Mas el anciano, al oír esto, no quiso corregirse, sino que empezó a rogar, diciendo: “Por el Señor, sacadme de aquí, pues no soporto ya el desierto”. Y con esto se levantó y partió, despedido con caridad.

2. Relataron acerca de un hermano que había pecado, y que fue, conturbado, a ver a abba Lot. Pero entraba y salía, y no podía estarse quieto. Le dijo abba Lot: “Hermano, ¿qué tienes?”. El respondió: “He cometido un gran pecado, y no puedo decirlo a los Padres”. El anciano le dijo: “Confíesamelo, y yo lo llevaré”. Entonces dijo: “Caí en fornicación y sacrificué (a los ídolos) para poder hacerlo”. Le dijo el anciano: “Confía que hay penitencia; ve, permanece en la cueva,

come día por medio, y yo llevaré contigo la mitad del pecado”. Después de tres semanas, le fue revelado al anciano que Dios había recibido la penitencia del hermano. Y permaneció sometido al anciano hasta la muerte.

ABBA LONGINO

1. Interrogó abba Longino a abba Lucio acerca de tres pensamientos, diciendo: Quiero peregrinar”. El anciano le dijo: “Si no dominas tu lengua no serás peregrino, dondequiera que vayas. Domina aquí tu lengua, y serás peregrino”. Le dijo también: “Quiero ayunar”. Respondió el anciano: “Dijo el profeta Isaías: Aunque dobles tu cuello como un lazo y un junco, no es el ayuno que yo acepto. Domina más bien tus malos pensamientos”. En tercer lugar te dijo: “Quiero apartarme de los hombres”. El anciano respondió: “Si no vives primero rectamente con los hombres, no podrás vivir rectamente en la soledad”.

2. Dijo abba Longino: “Cuando estés enfermo, di: Enferma y muere, pero si pides alimento fuera del tiempo establecido, ni siquiera te daré el alimento cotidiano”.

3. Una mujer, que tenía en un pecho la enfermedad que llaman cáncer, habiendo oído hablar de abba Longino, quería encontrarlo. El anciano vivía en el noveno miliario de Alejandría. La mujer, buscándolo, lo encontró cuando el bienaventurado estaba recogiendo leña junto al mar Al verlo, te dijo: “Abba, ¿dónde vive abba Longino, el siervo de Dios?”. pues ignoraba que fuese él. El respondió: “¿Qué quieres de ese impostor? No vayas a él, pues es un impostor. ¿Qué tienes?”. La mujer le mostró el lugar enfermo. El, después de hacer la señal (de la cruz) sobre él, la despidió, diciendo: “Vete, y que Dios te cure. Longino nada puede darte”. La mujer se fue, creyendo en la palabra, y quedó curada enseguida. Después, cuando contaba a otros lo que le había sucedido, y al dar las señas del anciano, supo que se trataba del mismo abba Longino. En otra ocasión le llevaron un endemoniado. El les dijo: “No puedo hacer nada por vosotros. Id más bien a ver a abba Zenón”. Comenzó abba Zenón a rogar al demonio para que saliese, pero el demonio se puso a vociferar: “Ahora crees, abba Zenón, que me voy por tu causa; pero abba Longino está allí, orando, pidiendo contra mí. Salgo aterrorizado por sus oraciones, pues de otro modo, ni siquiera te respondería”.

4. Dijo abba Longino a abba Acacio: “La mujer sabe que ha concebido cuando cesa el flujo de su sangre. También el alma sabe que ha concebido al Espíritu Santo, cuando dejan de salir de ella las pasiones inferiores. Pero mientras está demorado por ellas, ¿cómo podría vanagloriarse de que es impasible? Da la sangre y recibe el Espíritu”.

Letra Mi

ABBA MACARIO EL EGIPCIO

1. Abba Macario contaba de sí mismo: “Cuando era joven y vivía en la celda en Egipto, me tomaron y me hicieron clérigo en la aldea. No quise aceptarlo, y huí a otro lugar. Vino a mí un seglar piadoso, que recibía mi trabajo manual y me asistía. Sucedió entonces que cierta virgen de la aldea fue tentada y pecó. Quedó embarazada, y la interrogaban con quién había sido. Ella dijo: El solitario. Salieron a buscarme, me llevaron a la aldea y ataron a mi cuello cacerolas ennegrecidas por el humo y asas de cántaros. Me llevaron así por la aldea, golpeándome y diciendo: Este monje ha corrompido a nuestra virgen, ¡agarradlo, agarradlo! Y me golpearon hasta dejarme medio muerto. Un anciano, acercándose, dijo: ¿Hasta cuándo golpearéis a este monje extranjero? El hombre que me asistía, me seguía avergonzado. Muchos lo humillaban, diciéndole: Mira al ermitaño de quien testimoniabas, ¿qué ha hecho? También los padres de la joven decían: No lo soltaremos hasta que dé garantías de que la alimentará. Se lo dije a mi

servidor, y éste se hizo mi garante. Fui a mi celda, y le entregué todas las cestas que tenía, diciendo: Véndelas, y dale a mi mujer para que coma. Y dije a mi pensamiento: Macario, ya has encontrado mujer para ti; es necesario que trabajes un poco más para alimentarla. Trabajaba día y noche, y le enviaba (el dinero). Cuando le llegó a la pobre el tiempo de dar a luz, pasó varios días con los dolores, y no daba a luz. Le preguntaron: ¿Qué sucede? Ella dijo: Yo lo sé; es porque calumnié al ermitaño y lo acusé falsamente. El no es culpable, sino el joven tal. Vino alegremente mi servidor, y me dijo: No pudo dar a luz la joven hasta que no confesó, diciendo: No tiene culpa el ermitaño; lo he difamado. Y toda la aldea quiere venir solemnemente para aquí, a pedirte perdón. Al oír esto, me levanté y huí a Escete, para que los hombres no me molestaran. Este es el principio y la causa de mi venida hasta aquí”.

2. Fue una vez Macario el egipcio desde Escete a la montaña de Nitria, a la oblación de abba Pambo. Los ancianos le dijeron: “Di una palabra a los hermanos, abba”. Él dijo: “Yo no soy monje todavía, pero he visto monjes. Estaba una vez en la celda, en Escete, y me molestaban los pensamientos, diciéndome: Ve al desierto y observa lo que veas. Estuve combatiendo contra el pensamiento durante cinco años, diciendo: No sea que proceda del demonio. Mas como el pensamiento persistía, fui al desierto y encontré allí un río, con una isla en medio, y las bestias del desierto venían a beber en él. Vi en medio dos hombres desnudos, y mi cuerpo tembló, pues pensé que eran espíritus. Ellos, al verme temblando, me dijeron: No temas, nosotros también somos hombres. Les pregunté: ¿De dónde sois, y cómo habéis llegado hasta este desierto? Y ellos respondieron: Pertenece a un cenobio, y hemos salido de común acuerdo y nos hemos venido para aquí, hace ya cuarenta años. Uno es egipcio y el otro libio. Ellos también me interrogaron, diciendo: ¿Cómo va el mundo? ¿Viene el agua a su tiempo? ¿Tiene abundancia el mundo? Les respondí: Sí. Yo les pregunté todavía: ¿Cómo puedo hacer para llegar a ser monje? Y ellos me respondieron: Sí uno no renuncia a todas las cosas del mundo, no puede ser monje. Les dije: Yo soy débil, y no puedo lo que podéis vosotros. Ellos me dijeron: Si no puedes hacer como nosotros, permanece sentado en tu celda y llora tus pecados. Les pregunté: Cuando llega el invierno, ¿no os heláis? y cuando hace calor, ¿no se abrasan vuestros cuerpos? Respondieron: Es Dios quien nos concede el vivir de esta manera; ni nos helamos en invierno ni nos afecta el verano. Por eso os he dicho que no soy monje todavía, pero que he visto monjes. Perdonadme, hermanos”.

3. Cuando abba Macario habitaba en el Gran Desierto, era el único que vivía en esa soledad; más abajo había otro desierto, en el que habitaban numerosos hermanos. Estaba una vez el anciano mirando hacia el camino, y vio a Satanás que venía, con aspecto humano, y pasaba por donde él estaba. Parecía que llevaba una túnica de lino perforada, y de cada agujero pendía una ampolla. Le preguntó el gran anciano: “¿Adónde vas?”. Le respondió: “Voy a despertar la memoria de los hermanos”. El anciano le dijo: “¿Para qué llevas esas ampollas?”. Replicó: “Llevo alimentos a los hermanos”. Le dijo el anciano: “¿Y llevas tantas?”. Respondió: “Sí, porque si alguno no gusta de una, le presento otra, y si tampoco gusta de ésta, le doy otra. De todos modos, alguna le habrá de gustar”. Después de decir esto se alejó. Permaneció el anciano observando el camino, hasta que regresó. El anciano, al verlo, le dijo: “¡Salve!”. Él respondió: “¿Cómo habré de salvarme?”. Le preguntó el anciano: “¿Por qué?”. Respondió él: “Todos fueron duros conmigo, y ninguno me recibió”. El anciano le preguntó: “¿No tienes allí ningún amigo?”. Respondió él: “Sí, tengo allí un monje amigo, que al menos me hace caso, y cuando me ve, se da vuelta como el viento”. El anciano le preguntó: “¿Cómo se llama el hermano?”. Dijo: “Teopempto”. Y dicho esto, se alejó. Abba Macario se levantó y fue al desierto inferior. Los hermanos, al oírlo, salieron a su encuentro con ramos. Y después, cada uno se preparaba, pensando que el anciano vendría a quedarse con él. Mas él preguntaba quién, en la montaña, se llamaba Teopempto. Cuando lo hubo encontrado, entró en su celda. Teopempto lo recibió con alegría. Cuando estuvo a solas con él, le preguntó el anciano: “¿Cómo están tus asuntos, hermano?”. Respondió: “Bien, gracias a tus oraciones”. El anciano le dijo: “No te atacan los pensamientos?”. Él dijo: “Por ahora todo va bien”. Le daba vergüenza hablar. El anciano le dijo: “Llevo muchos años viviendo en la ascesis y soy honrado por todos, y a mí, un anciano, me ataca el espíritu de fornicación”. Teopempto le respondió, diciendo: “También a mí, abba,

créelo”. El anciano prosiguió, confiándole que otros pensamientos también lo atribulaban, hasta hacerlo confesar a él. También le preguntó: “¿Cómo ayunas?” Él respondió: “Hasta la hora nona”. El anciano le dijo: “Ayuna hasta el atardecer, esfuérsate, medita el Evangelio y las demás Escrituras, y si sube hasta ti un pensamiento, no mires hacia abajo, sino siempre hacia arriba, y enseguida vendrá el Señor a auxiliarte”. Y cuando el anciano hubo enseñado al hermano, regresó a su desierto. Estaba otra vez mirando, cuando vio al mismo demonio, y le dijo: “¿Adónde vas otra vez?”. Respondió: “A recordar a los hermanos”. Y se alejó. Cuando pasó nuevamente, le dijo el santo: “¿Cómo están los hermanos?”. El respondió: “Mal”. El anciano le preguntó: “¿Por qué?”. Él dijo: “Todos están contra mí, y el amigo que yo tenía y que me obedecía es ahora el peor de ellos; este, no sé cómo, se ha cambiado, y ya no puedo convencerlo, sino que se ha convertido en el más duro de todos. Por eso, he jurado no pisar más ese lugar hasta que haya pasado un tiempo”. Y diciendo esto, se alejó, dejando solo al anciano. El santo, entonces, entró en su celda.

4. Vino abba Macario el grande al monte en que habitaba abba Antonio. Cuando golpeó a la puerta, salió hacia él y le dijo: “¿Quién eres tú?”. Él respondió: “Yo soy Macario”. Pero, cerrando la puerta, entró y lo dejó allí (fuera). Después, al ver su paciencia, le abrió y lo recibió con alegría, diciendo: “Desde hace mucho, tiempo deseaba verte, pues he oído hablar de ti”. Lo hospedó con caridad y lo hizo descansar, porque estaba muy cansado. Cuando atardecía, abba Antonio mojó palmas para sí. Abba Macario le dijo: “Dispón que yo también moje para mí”. Él dijo: “Moja”. Y haciendo un ramo grande, lo mojó. Estuvieron sentados desde la tarde, hablando de la salvación de las almas, mientras trenzaban, y la sogá (que hacían) bajaba por la ventana hasta la gruta. Al salir el bienaventurado Antonio por la mañana, vio el largo de la sogá de abba Macario, y dijo: “Mucha fuerza sale de estas manos”.

5. Dijo abba Macario a los hermanos acerca de la desolación de Escete: “Cuando veáis una celda edificada cerca del pantano, sabed que está cercana su destrucción; cuando veáis árboles, está ya a las puertas; cuando veáis niños, tomad las melotas y alejaos”

6. Dijo también, queriendo reconfortar a los hermanos: “Vino una vez aquí un niño endemoniado, con su madre, y le decía: Levántate, mujer, vámonos de aquí. Ella respondía: No puedo marchar más. El niño le dijo: Yo te llevaré. Y me admiré de la maldad del demonio, como quiso hacerlos huir de aquí”.

7. Contaba abba Sisoés: “Cuando vivía en Escete con Macario, subimos siete hombres con él para cosechar. Había una viuda cosechando cerca de nosotros, y no cesaba de llorar. Llamó entonces el anciano al dueño del predio, y le preguntó: ¿Qué tiene esta mujer, que llora siempre? Le respondió: Su marido había recibido un depósito, pero murió repentinamente, y no dejó dicho donde lo puso. Y el dueño del depósito quiere tomarlos, a ella y a sus hijos, como esclavos. El anciano le dijo: Dile que venga adonde estamos nosotros, cuando descansemos por el calor. Fue la mujer, y el anciano le preguntó: ¿Por qué lloras de esta manera? Ella respondió: Mi marido murió, pero había aceptado un depósito, y no dijo antes de morir donde lo, había puesto. El anciano le dijo: Ven, muéstrame donde lo has sepultado. Y tomando consigo a los hermanos, salió con ella. Cuando llegaron al lugar, le dijo el anciano: Vete a tu casa. Y después de orar con ellos (los hermanos), llamó el anciano al muerto: Hombre, ¿dónde pusiste el depósito ajeno? Y dijo, en respuesta: Está escondido en mi casa, bajo la pata de la cama. El anciano le dijo: Duérmete de nuevo hasta el día de la resurrección. Los hermanos, al ver esto, cayeron a sus pies, a causa del temor. Y el anciano les dijo: No ha sucedido esto por mí, pues no soy nada, sino que lo hizo Dios por la mujer y los huérfanos. Esto es lo grande: Dios quiere que el alma esté sin pecado, y lo que pida, recibirá. Saliendo de allí, dijo a la viuda dónde se encontraba el depósito. Ella lo tomó y lo devolvió al dueño, quien liberó a sus hijos. Y todos lo que supieron de esto glorificaban a Dios”.

8. Contaba abba Pedro acerca de san Macario que, llegando una vez adonde estaba un anacoreta, lo encontró enfermo, y le preguntó qué deseaba comer. No tenía nada en su celda. El dijo: “Un

dulce”. Y este hombre fuerte no dudó en ir hasta la ciudad de Alejandría para buscarlo y dárselo al enfermo. Y cosa tan admirable no fue conocida por nadie.

9. Dijo también: “Dijeron algunos, ante la simplicidad de abba Macario, cuando recibía a todos los hermanos: ¿Por qué te haces así? El respondió: Durante doce años he servido a mi Señor, para que me acordara esta gracia, ¿y vosotros todos me aconsejáis que la abandone?”.

10. Decían también acerca de abba Macario que, cuando frecuentaba a los hermanos, se había impuesto esta regla: “Si hay vino, bebe por los hermanos, y por cada vaso de vino, no bebas agua un día” Los hermanos, para confortarlo, le daban (vino). El anciano lo tomaba con alegría, para tener ocasión de mortificarse. Mas el discípulo, viendo la cosa, dijo a los hermanos: “Por el Señor, no le deis, sino después se matará en la celda”. Los hermanos lo advirtieron, y ya no le dieron más.

11. Iba una vez abba Macario desde el pantano a su celda, llevando unas ramas de palmera, y por el camino se encontró con el diablo, que llevaba una hoz. Quiso herirlo, pero no pudo, y le dijo: “ ¿Qué fuerza sale de ti, Macario, que no puedo contigo! Y sin embargo, lo que tú haces, yo también lo hago: tú ayunas, también yo; tú velas, yo no duermo nunca. Sólo en una cosa me vences” Abba Macario le preguntó: “¿Qué es? “ Le respondió: “Tu humildad; por eso nada puedo contra ti”.

12. Algunos Padres interrogaron a abba Macario el egipcio, diciendo: “Cómo es que, sea que comas o que ayunes, tu cuerpo está seco”. Respondió el anciano: “El leño que sirve para revolver los sarmientos en el fuego es enteramente consumido por el fuego. Del mismo modo, si el hombre purifica su alma en el temor de Dios, el temor de Dios consume su cuerpo”.

13. Subió una vez abba Macario desde Escete hasta Terenutis, y entró en el templo para dormir. Había allí viejos fétetros de paganos, y tomando uno de ellos, lo puso bajo su cabeza, como almohada. Los demonios, al ver su audacia, tuvieron envidia de él, y para atemorizarlo, llamaban, como dirigiéndose a una mujer: “Ven con nosotros al baño”. Otro demonio, que estaba debajo suyo, respondió, como si fuese un muerto: “Tengo sobre mí a un extranjero, y no puedo salir”. El anciano no tuvo miedo, sino que golpeó con confianza al fétetro, diciendo: “Levántate, ve a la oscuridad, si puedes”. Al oírlo, dieron los demonios una gran voz: “ ¡Nos has vencido! “. Y huyeron avergonzados.

14. Decían de abba Macario el egipcio que una vez que subía desde Escete con unos canastos, se sentó, fatigado, y oró diciendo: “Oh Dios, tú sabes que no puedo más”. Y enseguida se encontró junto al río.

15. Había en Egipto un hombre que tenía un hijo paralítico. Lo llevó a la celda de abba Macario y lo dejó llorando en la puerta, y se alejó. El anciano, inclinándose, vio al niño y le preguntó: “¿Quién te trajo hasta aquí?”. Respondió: “Mi padre me tiró aquí y se fue”. El anciano le dijo: “Levántate y síguelo”. Y enseguida sanó; se levantó y alcanzó a su padre, y se volvieron entonces a su casa.

16. Abba Macario el grande decía a los hermanos en Escete, cuando despedía a la asamblea: “Huid, hermanos”. Uno de los ancianos le preguntó: “¿Adónde hemos de huir más allá de este desierto? Mas él ponía su dedo sobre la boca, diciendo: “Huid de esto”. Y entraba en su celda, cerraba la puerta y se sentaba.

17. Dijo el mismo abba Macario: “Si al corregir a alguien te sientes movido a ira, satisfaces tu pasión. No te pierdas a ti mismo para salvar a otro”.

18. El mismo abba Macario, cuando estaba en Egipto, encontró un hombre con un asno que estaba robando sus pertenencias. El, entonces, como si fuera un extraño, ayudó al ladrón a

cargar la bestia y lo acompañan con gran tranquilidad de espíritu diciendo: “Nada hemos traído al mundo, nada podemos sacar de él. El Señor ha dado, se hizo como El quiso. Sea Dios bendito en todo”.

19. Preguntaron a abba Macario, diciendo: “¿Cómo debemos orar?” El anciano respondió: “No es necesario hablar mucho. Extiende las manos y di: Señor, como tú quieres y sabes, ten piedad. Si llega una tentación: ¡Señor, ayuda! Pues El sabe lo que es útil, y hace misericordia con nosotros”.

20. Dijo abba Macario: “Si el desprecio es para ti igual a la alabanza, la pobreza igual a la riqueza, la indignancia igual a la abundancia, no morirás. Pues es imposible que el que cree lo que debe y obra con piedad, caiga en la impureza de las pasiones y en el engaño de los demonios”

21. Decían que dos hermanos pecaron en Escete, y que abba Macario el alejandrino los había excomulgado. Vinieron y se lo contaron algunos a abba Macario el grande, el egipcio. Este dijo: “No están excomulgados los hermanos sino que el excomulgado es Macario” (aunque lo amaba). Oyó Macario que había sido excomulgado por el anciano y huyó al pantano. Salió abba Macario el grande y lo encontró acribillado por los mosquitos, y le dijo: “Tú excomulgaste a los hermanos, y tuvieron que partir para la aldea. Yo te excomulgué a ti, y tú, como una virgen hermosa, huiste hasta aquí, a lo más íntimo de la habitación. Convoqué a los hermanos, los interrogué y dije: No hay nada. Mira tú, hermano, si no te burlaron los demonios pues nada viste. Haz penitencia por tu falta” Dijo él: “Dame, si quieres, una penitencia”. Viendo el anciano su humildad, le dijo: “Ve, ayuna durante tres semanas, comiendo sólo una vez cada semana”. Esta era, en efecto, su práctica siempre: ayunar toda la semana.

22. Dijo abba Moisés a abba Macario en Escete: “Quiero vivir en la *hesiquía*, y no me lo permiten los hermanos”. Abba Macario le dijo: “Veo que eres de naturaleza delicada, y no puedes rechazar al hermano. Pero si quieres vivir en la *hesiquía*, ve al desierto, hacia adentro, en Petra, y allí tendrás la *hesiquía*”. Así lo hizo, y encontró la calma.

23. Fue un hermano adonde estaba abba Macario el egipcio, y le dijo: “Abba, dime una palabra para salvarme”. El anciano le dijo: “Ve al sepulcro e injuria a los muertos”. El hermano fue, los injurió y les tiró piedras, y volvió a decírselo al anciano. Este le preguntó: “¿Te dijeron algo?”. Respondió: “Nada”. El anciano le dijo: “Vi mañana otra vez, y alábalos”. El hermano fue, y los alabó, llamándolos apóstoles, santos y justos. Y regresó adonde estaba el anciano y le dijo: “Los he alabado” Le preguntó: “¿No respondieron nada?”. El hermano contestó: “No”. Díjole el anciano: “Tú sabes de qué manera los has insultado, y no te respondieron, y cómo los alabaste, y no te dirigieron la palabra. Tú también, si quieres salvarte, sé como un muerto. Como los muertos, no pienses en la injusticia de los hombres ni en su alabanza, y podrás salvarte”.

24. Iba una vez abba Macario a Egipto con los hermanos, cuando oyó que un niño decía a su madre: “Madre, un rico me ama, y yo lo odio, y un pobre me odia, pero yo lo amo”. Lo oyó abba Macario, y se asombró. Los hermanos le preguntaron: “¿Qué significa esa palabra, padre, que te causa asombro?”. El anciano les dijo: “En verdad, nuestro Señor es rico y nos ama, pero no queremos escucharle; nuestro enemigo el diablo es pobre y nos odia, y amamos su impureza”.

25. Le rogó abba Pastor con muchas lágrimas, diciendo: “Dime una palabra para salvarme”. El anciano le respondió: “Lo que tú buscas se ha alejado de los monjes”.

26. Fue una vez abba Macario adonde se encontraba abba Antonio, y después de conversar con él, regresó a Escete. Salieron los Padres a recibirlo. Mientras hablaban, les dijo el anciano: “Dije a abba Antonio que en nuestro lugar no tenemos oblación”. Y comenzaron los Padres a hablar de otras cosas, y no lo interrogaron para saber cuál había sido la respuesta del anciano, ni el

anciano les dijo nada. Esto decía uno de los Padres, que cuando los Padres veían que los hermanos olvidaban preguntar algo útil para ellos, tomaban la iniciativa de comenzar la conversación, pero si los hermanos no la continuaban, no la seguían ellos, para no ser encontrados hablando sin haber sido interrogados, y se hallase inútil su palabra.

27. Interrogó abba Isaías a abba Macario: “Dime una palabra”. Le dijo el anciano: “Huye de los hombres”. Abba Isaías le preguntó: “¿Qué significa huir de los hombres?” El anciano le dijo: “Sentarte en tu celda y llorar tus pecados”.

28. Dijo abba Pafnucio, discípulo de abba Macario: “Supliqué a mi padre: Dime una palabra. El me dijo: No hagas mal a nadie, a nadie condenes. Guarda esto y serás salvado”.

29. Dijo abba Macario: “No duermas en la celda de un hermano que tiene mala fama”.

30. Fueron cierta vez unos hermanos de Escete adonde estaba abba Macario. Y en Ida no encontraron sino agua podrida. Le dijeron: “Abba, ven a la aldea y te haremos descansar”. El anciano les dijo: “¿Conocéis, hermanos, la panadería de Fulano, en la aldea?”. Le respondieron: “Sí”. El anciano les dijo: “Yo también la conozco. ¿Conocéis el campo de Zutano, por donde pasa el río?”. Le respondieron: “sí”. El anciano les dijo: “Yo también lo conozco. Así que, cuando lo quiera, no necesito de vosotros, sino que puedo ir yo solo”.

31. Decían acerca de abba Macario que si un hermano se acercaba a él como a un santo y grande anciano, con temor, no le hablaba. Pero si un hermano le decía, como para humillarlo: “Abba, cuando eras camellero, y robabas nitrio y lo vendías, ¿no te golpeaban los guardias?”, al que le hablaba de esta manera respondía con alegría, si lo interrogaba.

32. Decían acerca de abba Macario el grande que llegó a ser, según está escrito, como un dios terrestre. Pues como Dios cubre el mundo, así abba Macario cubría los pecados, y los veía como quien no los ve, y los oía como quien no los oye.

33. Contaba abba Bitimio que abba Macario dijo: “Mientras estaba en Escete bajaron una vez dos jóvenes extranjeros. Uno de ellos tenía la barba, al otro le estaba naciendo. Vinieron a mí y me dijeron: ¿Dónde está la celda de abba Macario? Yo les dije: ¿Qué queréis de él? Y respondieron: Hemos oído hablar de él y de Escete, y hemos venido a verlo. Les dije: Soy yo. Hicieron una *metanía*, diciendo: Queremos quedarnos aquí. Mas yo, al verlos tan delicados, criados entre riquezas, les dije: No podéis permanecer aquí. El mayor dijo: Si no podemos permanecer aquí, iremos a otra parte. Digo entonces a mi pensamiento: ¿Por qué los expulso? Se escandalizarían. El trabajo los hará marcharse espontáneamente. Les digo: Venid, construid, si podéis, una celda para vosotros. Y dijeron: Muéstranos un lugar, y la haremos. Dióles el anciano un hacha, una cesta llena de panes, y sal. Les mostró el anciano una dura piedra, diciendo: ‘Sacad las piedras de aquí, llevad para vosotros madera del pantano y, después de techar, permaneced en ella’”. “Yo pensaba –continuó– que se volverían a causa del trabajo. Me preguntaron qué trabajo tenían que hacer aquí. Les digo: Cuerdas. Y tomando juncos del pantano les enseñé a principiar la cuerda, y a coser, y les dije: Haced canastos y dadlos a los guardianes, y ellos os traerán todo lo que necesitéis. Después me retiré. Ellos hacían con paciencia todo cuanto les había dicho yo, y no vinieron a mí durante tres años. Yo permanecí luchando con los pensamientos y diciendo: ¿Cuál es su trabajo, que no vienen a consultar sobre su pensamiento? Los que viven lejos vienen hasta mí, y éstos que están cerca no vienen a mí ni van a otros. Solamente acuden a la iglesia, en silencio, para recibir la oblación. Oré entonces a Dios, ayunando toda la semana, para que me mostrara su obra. Me levanté, pasada ya la semana, y fui hasta donde ellos estaban, para ver cómo vivían. Cuando llamé, me abrieron, y me saludaron en silencio; después de orar me senté. El mayor hizo una señal al más joven para que saliese, y se sentó para tejer la cuerda, sin hablar. A la hora novena hizo una señal, y entró el más joven. Hizo un cocido Y, a un signo del mayor, preparó la mesa. Puso tres panes sobre ella, y quedó en silencio. Yo dije entonces: Levantaos, comamos. Se levantaron y comieron; trajo el

ordre y bebimos. Cuando atardecía, me preguntaron: ¿Te vas? Yo dije: No, dormiré aquí. Pusieron una estera para mí, en una parte, y en la parte opuesta otra para ellos. Se quitaron el cíngulo y la capucha, y se acostaron en la estera que estaba frente a mí. Cuando se hubieron acostado, yo rogué a Dios que me revelara su obra. Y se abrió el techo, y se hizo luz como si fuera de día, pero ellos no veían la luz. Cuando me creyeron dormido, et mayor golpeó al menor en el costado, y se levantaron y ciñeron, y extendieron sus manos hacia el cielo. Yo los veía, pero ellos no me vetan a mí. Vi a los demonios que se acercaban como moscas al menor. Y venían algunos a posarse en su boca y otros en sus ojos, Vi entonces al ángel del Señor sosteniendo una espada de fuego, que daba vueltas en torno suyo y expulsaba a los demonios. Al mayor, empero, no podían acercarse. Poco antes de amanecer, volvieron a acostarse, y yo hice como que despertaba, y ellos también. El mayor me dijo solamente estas palabras: ¿Quieres que recitemos los doce salmos? Digo yo: Sí. Y el menor cantó cinco salmos de a seis versículos, con un aleluya, Y a cada versículo salía de su boca una lámpara de fuego que subía al cielo. Del mismo modo, cuando abría la boca el mayor para salmodiar, salía una como cuerda de fuego, que llegaba hasta el cielo. También yo recité algo, de memoria. Cuando salía, les digo: Orad por mí. Ellos hicieron una *metanía*, en silencio. Supe entonces que el mayor era perfecto, y que al más joven lo atacaba todavía el enemigo. Después de pocos días moría el hermano mayor, y al tercer día, el menor”. Cuando los Padres iban a ver a abba Macario, éste los llevaba a su celda, diciendo: “Venid a ver el *martyrium* de los jóvenes extranjeros”.

34. Los ancianos de la montaña enviaron a decir a abba Macario, rogándole: “Para que no se fatigue todo el pueblo por tí, dignate venir hasta nosotros, para que podamos contemplarte antes de que emigres al Señor”. Cuando estuvo en la montaña, reunióse junto a él todo el pueblo. Los ancianos te rogaron que dijese una palabra a los hermanos. Al oírlo, dijo: “Lloremos, hermanos, y derramen lágrimas nuestros ojos, antes de nuestra partida hacia donde nuestras lágrimas quemarán nuestros cuerpos”. Y todos lloraron, y cayeron sobre sus rostros, y dijeron: “Padre, ruega por nosotros”.

35. En otra ocasión, se levantó contra abba Macario un demonio, que con una espada quería amputarle el pie, y como no lo lograra, por su humildad, le dijo: “Todo lo que tenéis vosotros, nosotros también lo tenemos; sólo os diferenciáis de nosotros en la humildad, y vencéis”.

36. Dijo abba Macario: “Si recordamos los males que nos infligen los hombres, borramos el poder del recuerdo de Dios. Si recordamos los males de los demonios, seremos invulnerables”.

37. Contó abba Pafnucio, el discípulo de abba Macario, que el anciano había dicho: “Cuando era niño, comía brevas con otros niños, y ellos fueron a robar higos. Mientras corrían, cavó uno, y lo tomé y lo comí. Cada vez que lo recuerdo, me siento y lloro”.

38. Dijo abba Macario: “Marchando en cierta ocasión por el desierto, encontré el cráneo de un muerto, que yacía en el suelo. Cuando lo toqué con el bastón de palma, el cráneo me habló. Le digo: ¿Quién eres tú? Me respondió el cráneo: yo era un sacerdote de los ídolos y de los paganos que vivían en este lugar; tú eres Macario, el *pneumatóforo*. Cuando te apiadas de los que están en el tormento, y oras por ellos, sienten un poco de alivio. El anciano le preguntó: ¿Cuál es el alivio y cuál es el tormento? Le respondió: cuanto dista el cielo de la tierra, tanto hay de fuego bajo nuestros pies; estamos en medio del fuego, de la cabeza a los pies. No se puede ver a nadie cara a cara, sino que el rostro de cada uno está pegado a la nuca del otro. Cuando oras por nosotros, cada uno puede ver un poco del rostro del otro. Este es el alivio. Llorando, dijo el anciano: ¡Ay del día en que nació el hombre! El anciano le preguntó: ¿Hay un castigo peor aún? El cráneo le respondió: La pena mayor está debajo nuestro. El anciano le preguntó: ¿Quiénes están allí? Dijo el cráneo: “Nosotros, puesto que desconocíamos a Dios, recibimos alguna misericordia, mas los que conocían a Dios y lo negaron, están debajo nuestro! El anciano tomó la calavera y la enterró.

39. Decían acerca de abba Macario el egipcio, que una vez subía desde Escete a la montaña de Nitria, y cuando se acercaba al lugar, dijo a su discípulo: “Adelántate un poco”. Cuando se adelantó, se encontró con un sacerdote de los paganos. El hermano, a gritos, lo llamaba: “Ah, ah, demonio, ¿para dónde corres?”. Y se volvió, y lo golpeó, dejándolo medio muerto. Después, tomando el bastón escapó. Había marchado un poco cuando en su camino apareció abba Macario, que lo saludó: “Salve, salve, hombre fatigado”. Admirado, fue hasta él, y le dijo: “¿Qué has visto de bueno en mí para saludarme?”. Respondió el anciano: “Es que te veo trabajar, y no sabes que te esfuerzas en vano”. Le dijo: “Pues yo me he conmovido con tu saludo, y supe que era de parte de Dios. Otro monje, pero malo, me encontró y me insultó. Entonces, yo lo golpeé hasta la muerte”. El anciano supo que había sido su discípulo. Pero el sacerdote, abrazando sus pies, dijo: “No te soltaré hasta que me hagas monje”. Y subieron hasta donde había quedado el monje, lo alzaron y lo llevaron a la iglesia de la montaña. Al ver al sacerdote con él, se asombraron. Lo hicieron monje, y muchos de los paganos se hicieron cristianos. Decía abba Macario que la palabra mala hace malos a los buenos, y la palabra buena hace buenos a los mismos malos.

40. Se contaba de abba Macario que, estando una vez ausente, entró en su celda un ladrón. Cuando regresó a la celda, encontró al ladrón que estaba cargando el camello con sus cosas. El entraba en la celda, tomaba los objetos y cargaba (junto con el ladrón) el camello. Cuando estuvo cargado, el ladrón empezó a castigar al animal para que se levantara, pero no se alzaba. Al ver abba Macario que no se levantaba, entró en la celda y encontró un pequeño recipiente, lo sacó, y lo puso sobre el camello, diciendo: “Hermano, el camello busca esto”. Y el anciano, golpeándolo con el pie, le dijo: “Levántate”. Enseguida se levantó y se alejó un poco, a causa de su palabra, pero después se sentó nuevamente, y no se levantó hasta que no lo descargaron de todos los objetos. Después, se fue.

41. Abba Aio interrogó a abba Macario, diciendo: “Dime una palabra”. Abba Macario le respondió: “Huye de los hombres, siéntate en tu celda y llora tus pecados. No ames la palabra de los hombres, y te salvarás”.

42. Dijo abba Macario: “Cuando era joven, sentí una vez acedia en la celda, y fui al desierto para decir mi pensamiento al que se mostrara, pidiéndole la gracia de una respuesta. Y encontré a un niño que comía como un animal. Le pregunté: ¿Qué haré, niño, que tengo hambre? Me dijo: Come. Le dije nuevamente: He comido, y sigo con hambre. Me dijo: Come otra vez. Volví a decirle: Ya comí, y aún tengo hambre. Entonces me dijo: Eres un asno, abba, que quiere devorarlo todo. Y saludando, se alejó”.